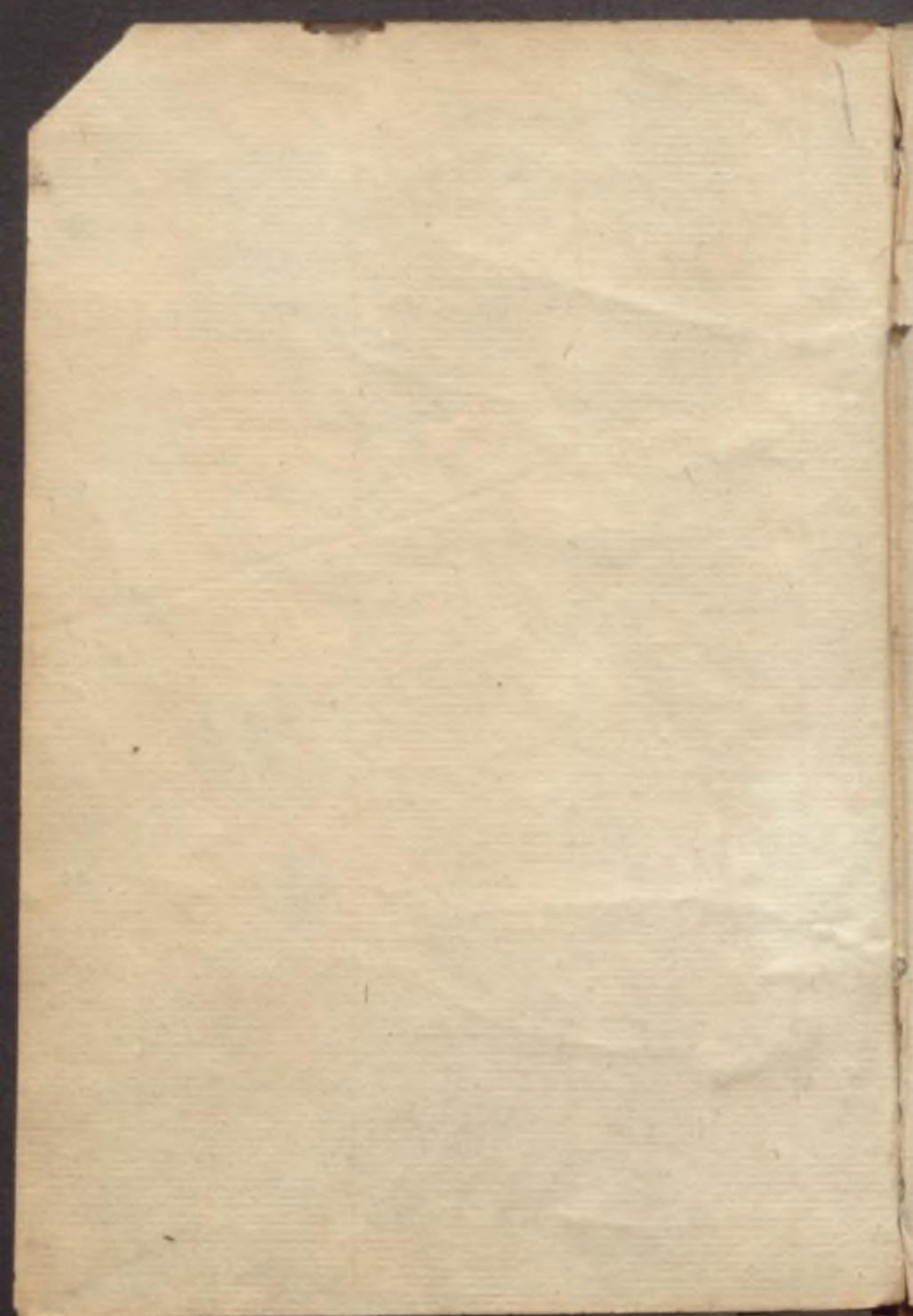


LIBRERIA
DE
FLORENZA









Fábulas de Florian.

Populæ, tabulæ de la Comtesse de Saxe.

*Esta obra es propiedad de don Tomás Jordan,
y se hallará de venta en su librería y almacén de
papel, calle de la Concepcion Gerónima.*

FÁBULA III.

Los dos Caminantes.

Tomás y Lubín, á pie
 Iban al pueblo inmediato;
 Y Tomás, en el camino
 Halló un bolsillo tamaño:
 Lubín, muy alegre, esclama:
 —Tuvimos un gran hallazgo.
 —¿Tuvimos? Tomás replica
 Con un aire sosegado:
 Yo le tuve: y encerró
 Dentro de su seno el gato.
 Calló Lubín; pero á poco,
 Junto á un bosque columbraron
 Á una tropa de ladrones;
 Y Tomás, al atisvarlos,
 —Perdidos somos, le dijo.
 —¿Somos? te has equivocado,
 Respondió Lubín: tú solo
 Serás perdido en tal caso.
 Escapa, y Tomás se queda
 De su miedo acompañado,

Hasta que dió á los ladrones,
 Á su pesar, el hallazgo.

*Quien no dá parte á su amigo
 De la suerte que ha logrado,
 No cuente con él, si luego
 Llega á ser desventurado.*





El Buey, el Asno y el Caballo.

FÁBULA IV.

El Buey, el Asno, y el Caballo.

Disputó cierto día

La preferencia un asno

Á un buey forzado y gordo,

Y á un potro sevillano.

; Un asno tanto orgullo!

Señores, no lo estraño,

Que hay muchos que le imiten,

Si quieren confesarlo.

El buey, con mansedumbre,

Fundaba su alegato

En su apacible genio,

Sus fuerzas y trabajos.

En su veloz carrera

Fundábase el caballo,

Y en el noble ejercicio

Á que era destinado.

El asno se esforzaba,

Con el mayor conato,

Á sostener que él era

De todos el mas apto,

;

Mas util, y mas digno.

—Allí, dijo el caballo,
Vienen tres hombres, ellos
Pueden juzgar el caso,
Y el que dos votos logre,
Vendrá á tener el lauro.

Llegados, en efecto,
El buey tomó á su cargo
El importante informe;
Y oido su relato,
Uno de los tres jueces,
Picador afamado,
Dijo: la preferencia
Debe darse al caballo.

—Hermano: poco á poco,
Le dice con enfado
Un gordo molinero,
Que solamente el asno
Ser preferido debe,
Si hacer justicia trato.

—¡Ya baja! esclama entonces
Muy lleno de entusiasmo
El juez tercero, que era
Un rico arrendatario:
Del buey, señores míos,
La preferencia fallo,

Fundado en los derechos
Escritos, y aun pensados.
--No es justo así, replica
El potro respingando:
Solo en vuestro provecho
Juzgais, y en nuestro daño.
--¿Y por qué no? contesta
El picador: ¿acaso
Es otro entre los hombres
El código ordinario?





El Perro y el Gato.

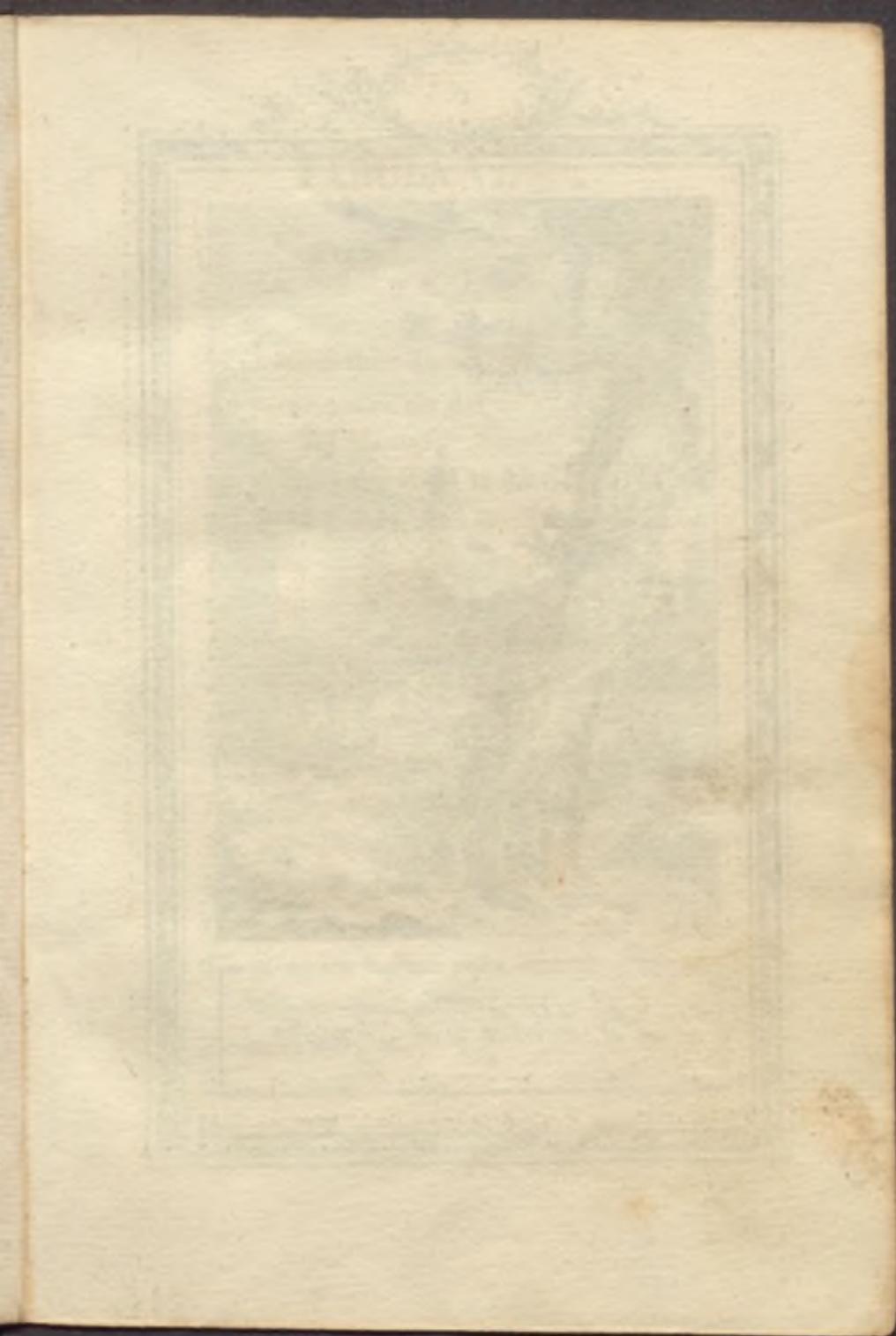
FÁBULA V.

El Perro y el Gato.

Juan , un perro que tenia
 Á su compadre vendió;
 Pero el perro, el mismo dia
 Tomó pipa, y se volvió
 Á la casa en que vivia.

Este celo pagó Juan
 Sacudiéndole un trancazo ,
 De modo que el pobre can
 Se volvió pian , pian ,
 Magullado el espinazo.

Un gato , que á largo trecho
 Vió que el perro se admiraba
 De lo que Juan habia hecho ,
 Le dijo: pues ¿qué pensaba?
 Cada cual vá á su provecho.





La Yedra y el Tomillo.

FÁBULA VI.

La Yedra y el Tomillo.

¡Cómo lloro tu suerte!

La verde yedra un día
 Al tomillo oloroso
 En compasivas voces le decía.
 Un débil tronco apenas
 Asegura tu vida,
 Cuando, lozano el mío,
 Abraza y señorea la alta encina.
 --Nadie puede negarte
 (El tomillo replica)
 Tu gigante estatura
 De que blasonas, necia y atrevida.
 Yo, sin apoyo alguno,
 Me formo cual me miras;
 Mas tú, arrogante, dime:
 Sin el ageno tronco ¿qué serías?
*¡Miseros traductores,
 Editores sin guía,
 Comentadores vanos,
 Del tomillo aprended lo que decía!*

TABULA VI.

In Tabula V. & VI.

Quoniam hinc et inde

in parte septem m. d. s.

et m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.

et m. d. s. m. d. s. m. d. s.





Júpiter y Minos.

FÁBULA VII.

Júpiter y Minos.

Hijo mio, le decia
 El gran Júpiter á Minos:
 Tú, que en el infierno juzgas
 De los hombres los delitos,
 Sabrás, pues, en qué consiste
 Que apenas, segun he visto,
 Caben en él los que envian
 Las parcas de mis dominios.
 ¿Quién, dime, de la virtud
 Es el mayor enemigo?
 ¿El interés, por ventura?
 --No señor, responde Minos.
 --¿Pues quién? Júpiter replica.
 --La ociosidad, padre mio.

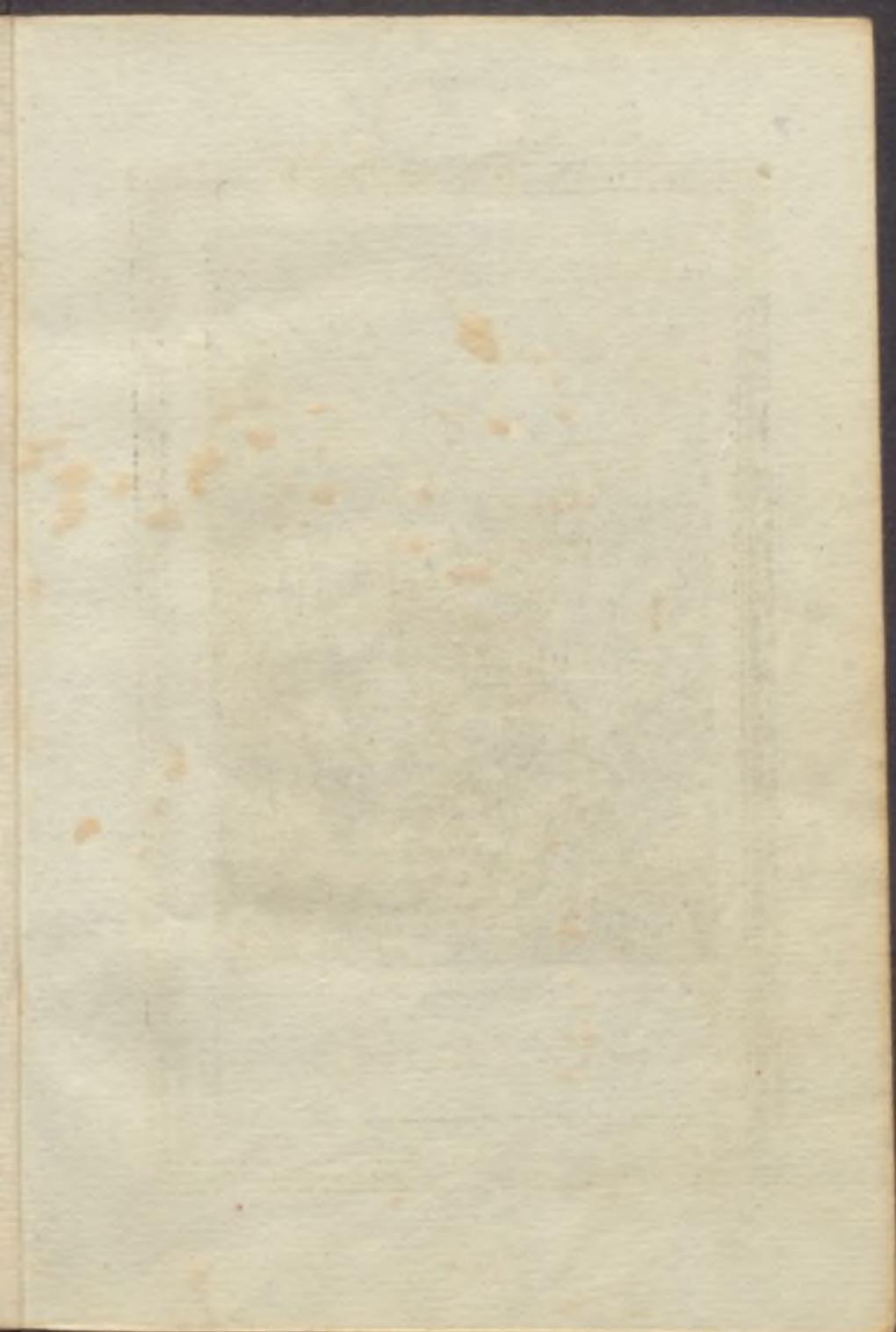
BIBLIA VII.

Amos y Jeremias.

El libro de Amos.

El libro de Jeremias.

El libro de Amos y Jeremias.





El Rebaño de Colás.

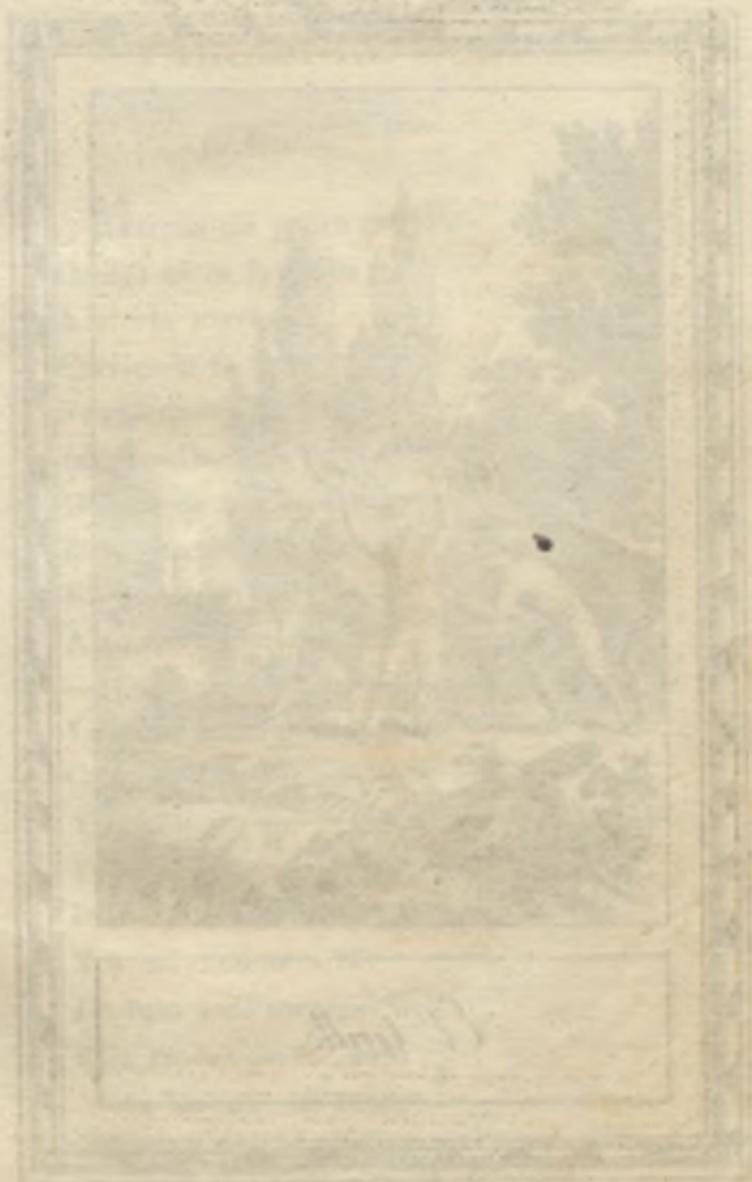
FÁBULA VIII.

El rebaño de Colás.

Colás una mañana
 Sacó su gran rebaño,
 Y á pasturar le lleva
 Á un inmediato prado.
 Habia en el camino
 Un arroyuelo manso
 Que pocos dias antes
 Pasaba sin trabajo;
 Pero una gran tormenta
 Habiale engruesado,
 Y vió que era difícil
 Poder atravesarlo.
 — El puente no está cerca
 (Decia); sin embargo,
 Mis carneros son fuertes,
 Mi perro es alentado,
 Y por aquesta parte
 El arroyo no es ancho:
 Con que buscar el puente
 Paréceme escusado.

Muy lleno de esta idea,
 Dá un formidable salto,
 Y gana la otra orilla;
 El perro hace otro tanto;
 Le siguen los carneros,
 Las cabras y los machos;
 Pero, ¿y los cabritillos?
 (Aquí son los trabajos).
 ¿Y las preñadas cabras?
 ¿Y los carneros mancos,
 Enfermos y caducos?
 Los que á la voz del amo
 Á saltar se atrevieron,
 Cayeron, y se ahogaron:
 Otros, al fin, huyeron;
 Y los demas pararon
 En ser de hambrientos lobos
 Banquete regalado.

Cólás, con harta pena,
 Al ver aquel estrago,
 Reconoció, aunque tarde,
*Que no es muy acertado,
 Por escusar rodeos,
 Echar por el atajo.*





El Grillo.

FÁBULA IX.

El Grillo.

Miraba un pobre grillo,
 Oculto entre la yerba,
 Á cierta mariposa
 Corriendo la pradera.
 Engalanada, jóven,
 Independiente y bella,
 De flor en flor andaba
 Muy relamida y tiesa.
 El enlutado grillo,
 Algo envidioso al verla,
 --; Cuán pródiga, decía,
 La gran naturaleza
 Con esa loca anduvo!
 Y conmigo; qué fiera!
 Dotóla de hermosura,
 De aseó y ligereza,
 Y á mi dotóme solo
 De luto y de torpeza.
 Ella en los prados vaga,
 Y en los estrados entra,
 Mientras yo oscurecido
 Acabo mi carrera.

Así se lamentaba,
 Cuando, acosando llega
 Á la tal mariposa
 Una pueril caterva.
 Quién la tira el sombrero,
 Quién el gorro ó montera,
 Y quién con el pañuelo
 Á aprisionarla anhela.
 En vano huir procura
 La mariposa bella,
 Pues fue de los muchachos
 Al cabo triste presa.
 Uno la coge una ala,
 El otro la cabeza;
 Hasta que al fin perece
 Hecha menudas piezas.
 —;Caramba! dijo el grillo,
 Si es que tan caro cuesta
 Lucir en este mundo,
 ;Señor don grillo, alerta,
 Que el vivir ignorado
 Suele traer mas cuenta!

*Aquesta fabulilla
 Viene como de perlas
 Á las que hacen alarde
 De ostentar su belleza.*





El Mono enseñando la linterna mágica

FÁBULA X.

El Mono enseñando la linterna mágica.

Señores escritores

Que haceis alarde de escribir en jerga,
Aquesta fabulilla
Á vosotros dirijo, recogedla.

Érase en cierto tiempo

Un astuto truan, no sé en qué tierra,
Que á costa de mil tontos
Tenía un mayorazgo en su linterna.

Llevaba en su compañía

Un mono singular, cuya destreza

En la cuerda tirante,

En los saltos mortales y las vueltas,

Embelesaba á todos,

Sacándoles aplausos y pesetas.

Un día, pues, que el amo

Se fue por devocion á la taberna,

Quiso dar nuestro mono

Un golpe digno de su gran mollera.

Convoca en un instante

Á cuantos animales, machos y hembras,

Halló por todo el pueblo;

Y llegados, les hizo aquesta arenga:

—Señores: hoy de gratis

Os voy á dar una agradable escena,

Nueva, curiosa y grande:

Tomad asiento, y atencion, que empieza.

Cogió un vaso pintado,

Y metiéndole luego en su linterna:

—Ya veis aquí, les dice,

Con todo su esplendor al gran planeta:

La plateada luna

Tan refulgente como está en su esfera.

Ahora verán la historia

Del padre Adan, y de su esposa Eva:

Miren cuál van pasando

Todos los animales de la tierra,

La creacion del mundo,

Y el orden singular de las estrellas.

En vano el gran concurso,

Sin atreverse á pestañear siquiera,

Miraba atentamente,

Pues todos se encontraban en tinieblas.

—Por Dios, esclama un gato,

Que de las maravillas que nos cuenta,

Ni una siquiera he visto.

—Ni yo, responde un perro con presteza.

Sin embargo, seguia

El mono Ciceron su larga arenga,
Sin que de ver echase
Que inutilmente en persuadir se esmera
Al curioso auditorio
Que mire lo que no se le presenta,
Mientras no se le ocurra
Que debe poner luz en su linterna.



Et nonne C. non in iustis dicitur,

Sic que de iustis dicitur.

Quod dicitur in iustis dicitur.

At contra dicitur.

Quod dicitur in iustis dicitur.

Quod dicitur in iustis dicitur.

Quod dicitur in iustis dicitur.



Portrait of a woman



El Joven y el Anciano.

FÁBULA XI.

El Joven y el Anciano.

Enseñadme á hacer fortuna,
Decia á su padre un hijo.
--Trabaja, el padre le dijo.
--Esa es leccion importuna,
Replicó el mozo: en la tuna
Sé muchos que la adquirieron.
--Porque á intrigar aprendieron.
--Padre, es carrera muy vil.
--Pues sé tonto, que así mil
Toda su fortuna hicieron.





El Bailarin de cuenta.

FÁBULA XII.

El bailarín de cuerda.

Á bailar en la maroma

Cierto mozuelo aprendia
 Con aplicacion tan grande,
 Que al cabo de pocos dias
 En aquel camino estrecho
 Con una gracia corria,
 Volteaba, se elevaba,
 Y en la maroma caía
 Tan derecho y tan ligero,
 Que el verlo era maravilla.

Ya engreido el mozalvete
 Con su destreza adquirida,
 Dijo: ¿para qué este palo,
 Si su pesadez me quita
 La gracia y agilidad?
 Vaya enhoramala, y sirva
 Á un principiante, que yo
 Soy maestro, y me denigra.

Tira el palo, con efecto;
 Va á andar, y sus pies vacilan;
 Estiende los brazos, pierde

El equilibrio, y con risa
De los circunstantes dá
En el suelo de costillas.

*Quien en cualquiera materia
Á andar sin reglas aspira,
Dará, como el bailarín,
Una afrentosa caída.*
*¡ Jóvenes, en la memoria
Tened esta fabulilla!*





La Liebre y sus amigos.

FÁBULA XIII.

La Liebre y sus Amigos.

Cierta señora liebre,
 De corazón sencillo,
 Tan solo se afanaba
 Por grangear amigos,
 Criada allá en los bosques,
 No habia conocido
 Que era una fruta escasa
 En el presente siglo,
 Si pasaba un conejo,
 Le salia al camino,
 Y afable y cariñosa
 Decíale: primito,
 Junto á mi madriguera
 Hay un hermoso sitio
 Lleno de fresca yerba:
 Vente á almórzar conmigo,
 Y allá murmuraremos
 Del mundo y sus delirios,
 Si veía algún patro
 En el prado vecino,
 Iba allá, y le decía:

—Vmd., según he visto,
 Se vé muy fatigado,
 Y aun de la sed rendido;
 Pero si le placiere,
 Al instante me obligo
 Á llevarle á un arroyo
 Muy manso y cristalino.

En fin, por no cansarnos,
 El cumplimiento mismo
 Usaba con los gamos,
 Carneros y novillos,
 De cada cual queriendo
 Hacer un fiel amigo.

Un día, pues, dormía
 Mi buen animalito,
 Cuando del ronco cuerno
 Despiértala el sonido,
 Y vese cuatro galgos
 Muy cerca de aquel sitio
 Aguzando á porfia
 Sus feroces colmillos.
 Ira de Dios, ¡cuál corre
 Por cerros y por trigos!
 ¡Qué vueltas y revueltas!
 ¡Qué saltos, y qué brincos
 Por burlar á los galgos!

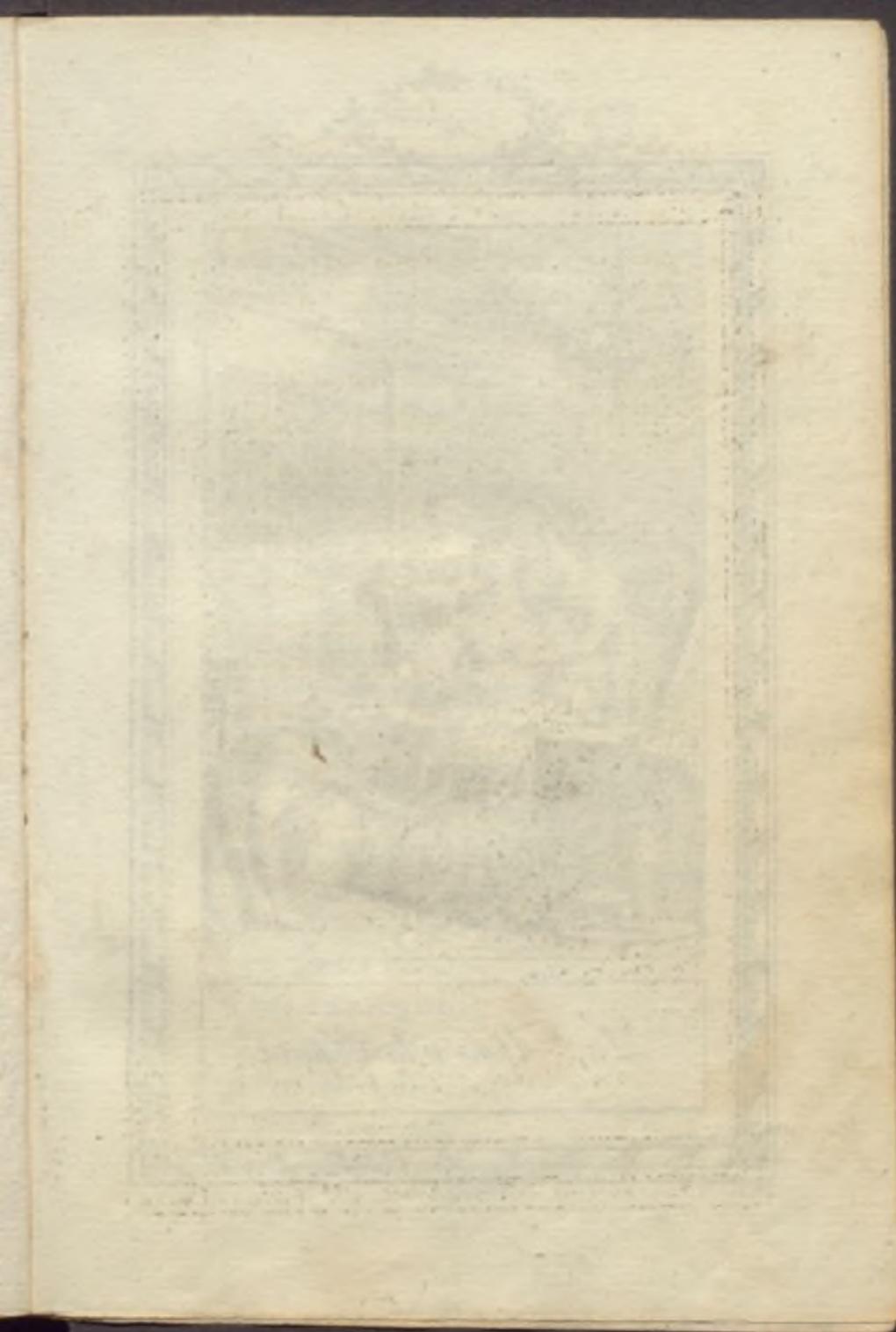
Que la acosan unidos!
 Hasta que, algo apurada,
 Repara si en su auxilio
 Se le aparece alguno
 De sus muchos amigos;
 Y descubrió, en efecto,
 Á cierto conejito
 Que, cual si fuera hermano,
 Trataba de continuo;
 Llegase allá, y le dice:
 —Corriendo, amigo mio,
 Sálvame en tu buronera
 De tan grave peligro,
 Pues en mi alcance llegan
 Mis fieros enemigos.
 —; Cuánto siento tu pena!
 La respondió tranquilo;
 Pero de modo alguno
 Darte podré ese alivio,
 Pues de parir acaba
 En este instante mismo
 Mi esposa, y el albergue
 Ocupa con sus hijos:
 En otro lance cuenta
 Con mi infeliz asilo,
 Parte mi pobre liebre

Con tan gentil cumplido,
 Y á pocos pasos halla
 Cierta señor novillo,
 Á quien en mil urgencias
 Habia socorrido;
 Y postrada, le ruega
 Que detenga un poquito
 Á los feroces galgos,
 Mientras con tal arbitrio
 En salvo se ponía.

—Con cuánto regocijo
 Te serviria, dice,
 Si no oyese el bramido
 Con que me está llamando
 Desde aquel bosque umbrío
 Mi querida becerra,
 Y no será bien visto
 Que de enojarla trate
 Por darte á tí mi auxilio.

Fuese, y dejó á mi liebre
 Como el adagio dijo,
 Con un palmo de orejas
 Y dos varas de hocico:
 De modo que, cansada,
 Y en el peligro mismo,
 De un gamo con diez cuernos

Á guarecerse vino:
 Pero sí: á la otra puerta;
 Pues no bien hubo oído
 Que hay galgos en la costa,
 Dejándose de ruidos,
 —Ahí te quedan las llaves,
 Dice, que yo las lio
 Á salvar mi pellejo.
 Pues y ahora, ¿qué arbitrio
 Cuando los galgos lleguen?
 Solo el darse á partido,
 Como lo hizo mi liebre
 Á los señores míos;
 Conociendo, aunque tarde,
Que no es muy buen aviso
El querer grangearse
Gran número de amigos,
Pues uno solo basta
Si es verdadero y fino.





La Abija y la Coqueta.

LIBRO SEGUNDO.

FÁBULA XIV.

La Abeja y la Coqueta.

Cloe, sagaz coqueta,
 Al tocador estaba
 Consultando al espejo
 Sus dengues y sus gracias,
 Cuando se entró una abeja
 En la adornada estancia;
 Y al verla doña Linda
 Prorumpió así asustada:
 —¡Favor, favor, Liseta:
 Acude pronto, Marta,
 Y por piedad libradme
 De esta fiera con alas!
 Ya aturdida la abeja,
 Sin preveer su desgracia,
 En uno de sus labios
 Llega á pararse incauta.

Desmáyase mi Cloe;
 Acuden las criadas,
 Y cogida la abeja,
 Su muerte preparaban;
 Cuando el sagaz insecto,
 Que vé mala la danza,
 Las dice con dulzura:
 —Perdonen mi ignorancia;
 Pues yo, creyendo que era
 Una rosa temprana
 Su boca, por lo linda,
 Ansiosa fui á picarla.

Cloe, que en sí volvía,
 Oyendo esta alabanza,
 —Perdon obtenga, dice
 Entonces á sus damas,
 Pues confesó su culpa,
 Y ya mi susto pasa.

Lo que el incienso vale
La abeja nos declara.



Faint, illegible text within a smaller rectangular frame at the bottom of the page.



El Ruisaños y el Principe.

FABULA XV.

El Ruiseñor y el Príncipe.

Paseábase un príncipe muy jóven,
 Del ayo acompañado,
 Por un sombrío bosque;
 Y viendo sobre un árbol
 Á un ruiseñor que alegre gorgeaba,
 Corrió á cogerle, de su voz prendado;
 Pero al ruido que hizo
 Escapó el ruiseñor lleno de espanto,
 Burlado, y con enojo,
 Dijo entonces el príncipe á su ayo:
 --¿Por qué este pajarillo,
 El mas precioso, acaso,
 De todos, por su voz y maestría,
 Ha de vivir agreste y solitario
 En los oscuros bosques,
 Donde nadie escuchar puede su canto?
 --Los molestos gorriones,
 Señor, responde su mentor, son tantos,
 Que en todas partes cunden;

Pero el mérito vive de ordinario
Escondido de todos,
Y el que le quiera hallar, ha de buscarlo,
No en el bullicio alegre,
Sino en la soledad se oculta el sabio.





La Gallina y el Zorro viejo.

FÁBULA XVI.

La Gallina y el Zorro viejo.

Una gallina muy joven,
 Cacareando y corriendo,
 Sin saber cómo, se halló
 Lejos de su gallinero.
 Conociendo que era tarde,
 Volvia con mucho miedo,
 Cuando hete aquí que tropieza
 Con un zorro de los viejos,
 Y empieza á temblar, que no era
 El encuentro para menos;
 Pero llegándose el zorro,
 La dijo así muy atento:
 —Señorita: no me admiro
 Que me tengais tanto miedo,
 Cuando veis las picardías
 De todos mis compañeros:
 Yo mudar su inclinacion
 Enteramente no puedo,
 Pero podré remediaros
 Con mis prudentes consejos.
 Con este fin, iba ahora
 De prisa al asilo vuestro

Á preveniros que corre
 Cierta voz en nuestro pueblo
 De que un zorro, tan valiente
 Como sagaz y perverso,
 Á media noche ha pensado
 Con sigilo sorprenderos.
 Y como yo defender
 Vuestra inocencia deseo,
 Vengo á velar entretanto
 Que estéis vosotras durmiendo.

La crédula gallinita
 Dijo entre sí: segun veo
 Este es un zorro de bien:
 Y llevóle al gallinero.
 Pero no bien llegó á verse
 El astuto animalejo
 Entre la tímida turba
 De gallinas y polluelos,
 Cuando, esgrimiendo los dientes,
 Ésta tomo, aquella dejó,
 Hizo la carnicería
 Mayor que vieron los tiempos.

*Esta fábula nos dice
 Cuánto guardarnos debemos
 De los consejos astutos
 De todo hipócrita viejo.*





Los Mones y el Leopardo.

FÁBULA XVII.

Los Monos y el Leopardo.

Á adivina quien te dió
 En cierto bosque jugaban
 Muchos monos. Un leopardo,
 Llevado de la algazara,
 Dejó luego su caverna,
 Y se vino á donde estaban.
 Nuestros monos que le vieron,
 Ira de Dios, ¡cuál temblaban!
 Seguid jugando, les dice
 El leopardo con cachaza,
 Que, lejos de haceros daño,
 Veugo, por una humorada,
 Á jugar hoy con vosotros.
 —Señor, dicen: bondad tanta,
 ¿Cuándo nuestra monería
 La mereció á su monarca?
 —Tambien, replicó la bestia,
 Á mi magestad alcanza
 La sana filosofía;
 Y esta señora es tan llana,
 Que á todos nos hace iguales.

--Sea enhorabuena, esclaman
 Los monos, y siga el juego,
 Pues vuestra alteza lo manda.

Sentóse muy circumspecta
 Una mona jubilada,
 Y entre sus rodillas otra
 Escondió luego su cara,
 Volviendo una de las manos,
 Segun costumbre, á la espalda.
 Llega el leopardo, la dá
 Con dulzura una palmada,
 Y la hace saltar la sangre;
 Pero mi mona taimada,
 Sin atreverse á decir
 Quién habia sido, calla,
 Pero escurriendo la bola
 Con la industria necesaria;
 Y las demas, advertidas,
 Siguen sus mismas pisadas,
 Diciendo entre sí: ninguno
 Juegue, ni siquiera en chanza,
 Con superiores, que al fin
 Siempre lastiman sus garras.





El Papagayo.

FÁBULA XVIII.

El Papagayo.

Escapó de su jaula un papagayo,
 Y en un gran bosque estableció su nido,
 Donde, de nuestros críticos tomando
 La gravedad, el tono y el estilo,
 Del rui señor el canto censuraba,
 Faltas poniendo á su cadencia y trinos:
 Poco menos decia del canario,
 Del colorin jilguero y el pardillo;
 Y alabaria acaso el *crás* del cuervo
 Si él de su *crás* maestro hubiera sido.
 Ningun pájaro, en fin, le complacía:
 De modo, que no bien daba principio
 Alguno á gorgear, mi papagayo
 Callar le hacia á fuerza de silbidos.

Cansados ya los pájaros del bosque
 De sufrirle, vinieron á su asilo;
 Y uno de ellos le dice: pues ninguno
 De nosotros os place, señor mio,
 Hacednos gracia de cantar un poco,
 Pues segun censurais, está ya visto
 Que nos llevais muchísima ventaja.

Mi papagayo, un poco sorprendido,
 Rascándose con gracia la cabeza,
 Miró al arengador, y así les dijo
 Con aire magistral y tono grave:
 --Yo no canto, señores, pero silbo.

*¡Oh! ¡cuántos papagayos como éste
 Conozco yo! pero callar elijo.*



El Rinoceronte y el Dromedario.

FÁBULA XIX.

El Rinoceronte y el Dromedario.

Cierto rinoceronte

Decía á un dromedario:

¿ En qué consiste , amigo ,
Que el hombre estime tanto

Á toda vuestra especie ,
Que os trate con regalo ,
Y que se crea rico

Si os ve multiplicaros?

Dirásme que vosotros

Andais siempre cargados

Con sus mugeres , hijos ,

Baules y otros trastos :

Dirás ademas de esto

Que sois ligeros , mansos ,

Incansables y sóbrios ;

Es fuerza confesarlo .

Pero tambien es cierto

(No trato de ultrajaros)

Que , á mas de ser nosotros

Capaces de otro tanto ,

De nuestros cueros fuertes

Pueden salir armados
En los combates fieros;
Y el hombre, sin embargo,
Con ódio nos persigue
Á todos inhumano.
—Amigo, le replica
El sabio dromedario:
Nosotros aprendimos
Á hincar á nuestros amos
Humildes la rodilla.
He aquí todo el arcano.



Faint, illegible text or a signature, possibly a title or artist's name, located below the illustration.



La Corneja, el Alcon y el Hermitaño.

FÁBULA XX.

La Corneja, el Alcon y el Ermitaño.

Ciertó santón eremita,
 De los que en moriscas tierras
 Comentan el alcorán
 Por vivir á costa agena,
 Iba pidiendo limosna
 De una aldea á la otra aldea,
 Cuando á su oído llegaron
 Las tristes y amargas quejas
 De una tierna cornejilla,
 Que dejaron por la cuenta
 Abandonada en su nido
 Sus padres, con inclemencia.
 Estábala mi santón
 Viendo alargar la cabeza,
 Desnuda casi de pluma,
 Cuando de repente observa
 Que del alto de las nubes
 Desciende un alcon á ella,
 Y á la huérfana avecilla

Sustento en su pico lleva.

—¡Oh! cuán grande, dice entonces,

Y sábia es la Providencia,

Pues hace á un alcon piadoso

Porque esta ave no perezca.

Y yo, menos confiado,

¿Por conservar mi existencia

He de mendigar así?

Alto, alto, amigo; fé tenga,

Y deje su suerte á cargo

De quien en cuidar se esmera

Del mas despreciable insecto.

Con efecto, allí en la yerba

Se tiende, y á contemplar

Profundamente comienza

El gran orden de las cosas;

Hasta que la tarde llega

Y siente algun apetito,

Sin ver, ni lejos, ni cerca,

Alcon alguno: no importa,

Dice con estraña flemma:

Si no traje la comida,

No faltará con la cena.

Tampoco el alcon parece:

Á dormir, pues, y paciencia,

Que el almuerzo que me traiga

Satisfará mi indigencia.

Amanece, sale el sol,

Entra el dia: ni por esas;

Para él no hay alcon que traiga,

Al paso que á mi corneja

Á todas horas el suyo

La tiene provista mesa.

--Mucho aprieta el hambre ya:

Se durmió la Providencia,

Y mi estómago y mi fé

Ya por instantes flaquean.

Esto decia entre sí,

Cuando oye que allá en su lengua

Á su pupila exortaba

El alcon de esta manera:

--Mientras que tú no pudiste

Procurar tu subsistencia,

Mi compasion te la trajo;

Pero una vez que te encuentras

Con fuerzas para buscarla,

La obligacion mia cesa,

Y la tuya, de buscar

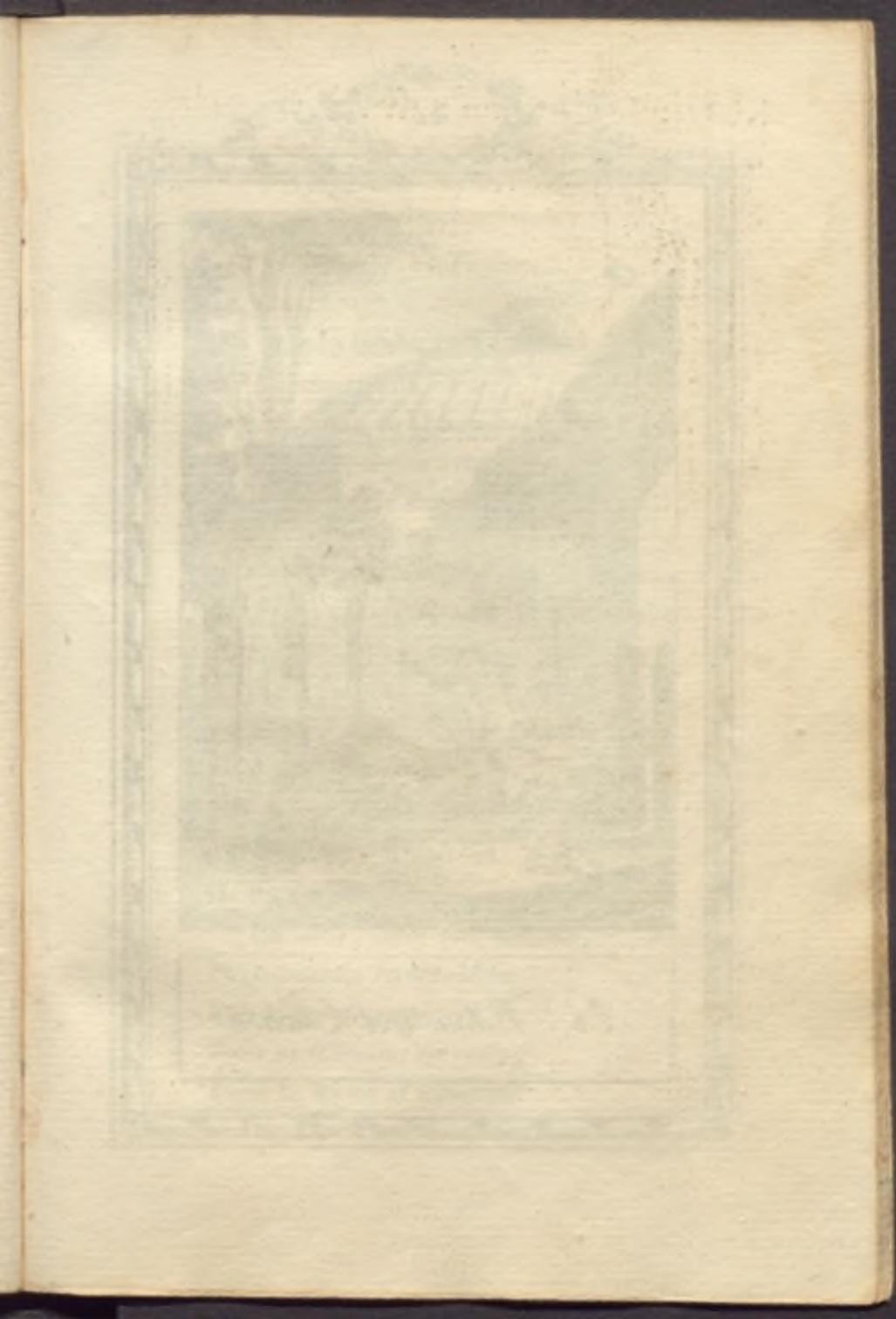
Con que mantenerte, empieza;

Pues aquel que no trabaja

Es muy justo que perezca.

--Zape, dijo mi santon,

Alzándose con presteza ;
 Mucho vale un buen consejo :
 Por Alá que erré la cuenta ;
 Mas cuenta errada no valga,
 Y empecemos vida nueva.





El Milano y el Pichon.

FÁBULA XXI.

El Milano y el Pichon.

Pelando estaba á un pichon
 Un milano cierto dia ,
 Y para dorar su accion ,
 —Ya sé yo vuestra aversion
 A mi especie, le decia.
 Ya entre mis garras está ,
 Que siempre la Providencia
 Ha vuelto por la inocencia.
 —¡Señor milano , ojalá!
 Dijo el pichon con vehemencia.
 —¡Cómo! replica indignado
 El milano : ¿ esta verdad
 El sacrilego ha dudado?
 Pues solo por su maldad
 Ha de ser sacrificado.

*¡Cuántos , como este milano ,
 Disfrazarán su intencion
 Con trage de religion!
 Pero lo intentan en vano ,
 Pues se les vé el corazon.*

FABULA III

1. In nomine domini Amen

2. In nomine domini Amen

3. In nomine domini Amen

4. In nomine domini Amen

5. In nomine domini Amen

6. In nomine domini Amen

7. In nomine domini Amen

8. In nomine domini Amen

9. In nomine domini Amen

10. In nomine domini Amen

11. In nomine domini Amen

12. In nomine domini Amen

13. In nomine domini Amen

14. In nomine domini Amen

15. In nomine domini Amen

16. In nomine domini Amen

17. In nomine domini Amen

18. In nomine domini Amen

19. In nomine domini Amen





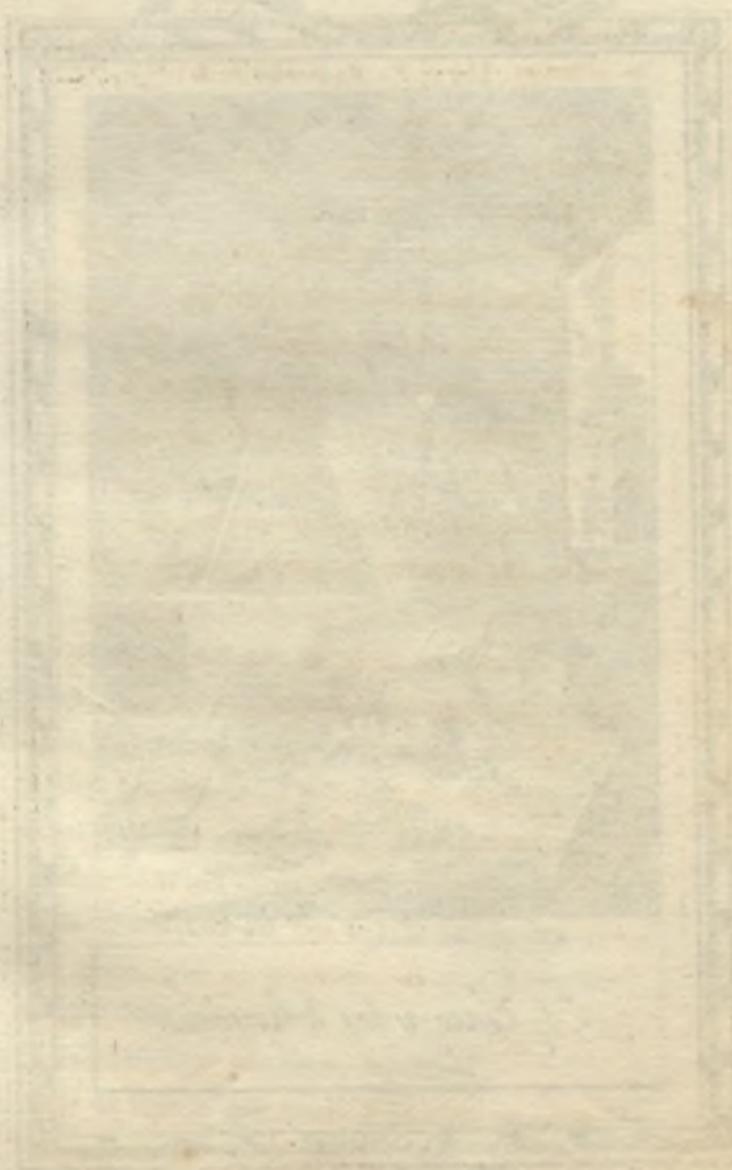
El vestido de Arlequin.

FÁBULA XXII.

El vestido de Arlequin.

En dulce compañía
 Estaban á un balcon, y en una jaula,
 Un cardenal hermoso y un canario
 Con una papagaya,
 Á tiempo que, siguiendo á su pareja,
 Un arlequin pasaba.
 —Su cara no me gusta,
 La papagaya dice: mas, me encanta
 Aquel airoso cuerpo;
 Y el verde del vestido le hace gracia.
 —¿Verde el vestido? el cardenal replica.
 Ó tienes cataratas,
 Ó tú, querida amiga, estas durmiendo:
 Que es encarnado todo, ¿no reparas?
 —Digo, digo, compadre,
 Póngase Vmd. las gafas,
 Y distinga siquiera de colores,
 Con una carcajada
 El canario replica: ¿no vé claro
 Que es color de limon? ¡Qué linda zambra
 Entre los tres armaron!

¡Qué voces! ¡qué algazara
 Por sostener cada uno su dictámen!
 Y en fin, un pico-verde que se hallaba
 Al balcon inmediato,
 Metido en otra jaula,
 —Aplacad vuestra cólera, les dice;
 Todos teneis razon, si se repara,
 Pues es verde, encarnado,
 Y color de limon: mas, por desgracia,
 Solo vió cada uno
 El color que le agrada.
 ¡ *A cuántos, por mirar así las cosas,
 las que son negras les parecen blancas!*





El Gato y los Ratones.

FÁBULA XXIII.

El Gato y los Ratonés.

Un gato regalón de cierta viuda,
 Harto de pollos, liebres y menestras,
 Mas por poltronería que otra cosa,
 Á los ratones concedió una tregua;
 De modo que, seguros por entonces,
 Estos señores míos de sorpresa,
 Tronchaban, asolaban y comían
 Sin miedo, sin rubor y sin conciencia.
 Un día, pues, que en el granero estaba
 El reverendo gato, muy de siesta,
 Reposando el opíparo banquete
 Que por razón de días, á la cuenta,
 Había celebrado su señora,
 Entraron los ratones con gran fiesta
 Á dar al trigo el cotidiano asalto.
 Mas se hallaba en tan fuerte soñarrera
 Mi gato, que ni á oírles, ni aun á olerles
 Llegó. Mis ratoncitos, que le observan
 Tan callado y pacífico, creyeron
 Que es miedo que tenia á la caterva,
 Y orgullosos resuelven atacarle.

Con efecto, formaron su asamblea:

Se nombra general, se toca al arma,

Y embisten á mi gato en su trinchera.

Despierta al ruido, mira con gran sorna

Al audaz escuadron, la garra apresta,

Acomete veloz, le desbarata;

Y al furor de sus uñas aguileñas,

Sin ser visto ni oido, en el granero,

Tribunos, general y haces entierra.

En fin, para abreviar aquesta historia,

De una carnicería tan completa

Solo escaparon vivos dos ratones,

Que al ver de lejos la horrorosa escena,

--Malo vá, dicen. Pies, ¿para qué os quiero?

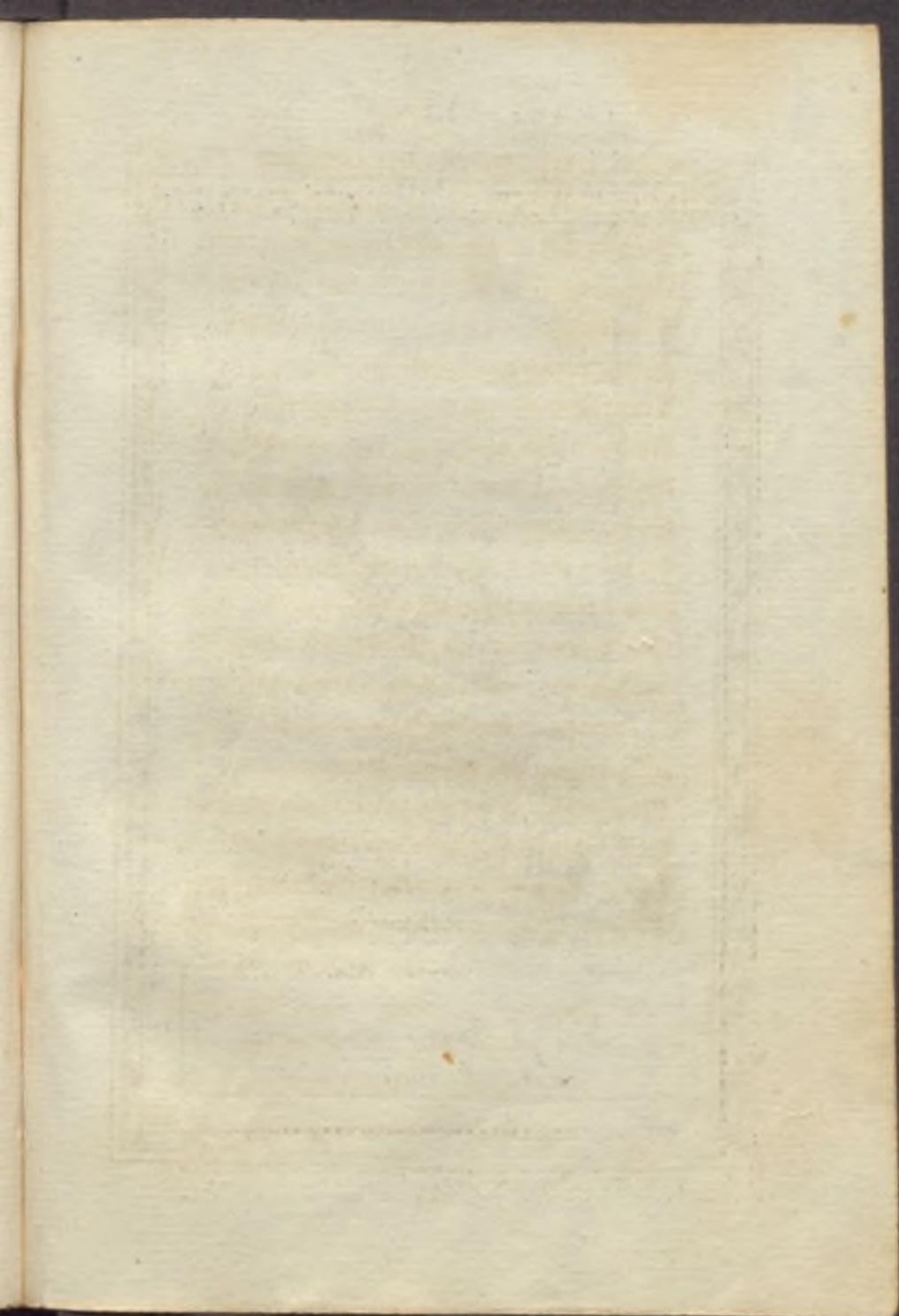
Insultar, por pacífico que sea,

Al enemigo fuerte, no es cordura;

Pues hemos visto ya por experiencia

Que pierde de ordinario lo que tiene

El que en ganarlo todo usí se empeña.





La Paloma y su cria.

FÁBULA XXIV.

La Paloma y su Cria.

Sentia una paloma

Que, sin embargo de poner los medios

Que otras muchas ponian,

No lograba tener algun hijuelo.

Pascábase una tarde,

Llena de aqueste amargo sentimiento,

Por un sombrío bosque,

Y vió en un nido abandonado un huevo

Del color y tamaño

De los de alguna tórtola. ¡Qué bueno!

¡Qué hallazgo tan feliz!

Dé gozo ya no cabe en el pellejo.

Colócase en el nido

Con tal ahinco y oficioso anhelo,

Que no osaba moverse

Para comer siquiera. Llegó el tiempo,

Y con toda ventura

Salió de aquella cárcel el polluelo.

¡Qué alhagos! ¡qué caricias

Le hacia la paloma! Vaya; el seso

Para perder estuvo.

Cuidóle, en fin, con el mayor esmero,
 De modo que en dos dias
 Tanto creció, que daba gozo el verlo;
 Sacando de paloma
 Ojos, alas y pico. Desde luego
 Á educarle comienza
 Bajo de los principios mas selectos,
 Encargándole mucho
 El amor á su prójimo. En efecto,
 Un dia que escuchando
 Estaba la leccion mi buen polluelo,
 Se escapó de su nido
 Un pequeño pinzon, y sin saberlo
 Paró donde él estaba.
 Ira de Dios; ¡cuál se lanzó á cogerlo!
 Pensábase la madre
 Que por piedad, al verle tan pequeño,
 Correría á ofrecerle
 Acogida en su nido; pero el perro
 Llegó, le hubo en sus garras,
 Quitó la pluma, y se le echó al colete.
 Era hijo de un milano,
 Y obró como quien era: no hay remedio.



The first book of the Bible



El Perro danés, el Zorro y la Antilla.

FÁBULA XXV.

El Perro danés, el Zorro y la Ardilla.

En amor y compañía
 Caminaban mano á mano
 Una ardilla y un gran perro,
 Su mas antiguo amigachio.
 Sobrecogióles la noche
 En un bosque solitario;
 Y viendo que allí no habia
 Donde quedar hospedados,
 En el hueco de una encina
 Se metió el perro de un salto;
 Y mi ardilla, mas arriba
 Buscó sitio acomodado.
 Dormian á pierna suelta
 Mis dos caminantes, cuando
 Hete aquí que llega un zorro
 Con un hambre como cuatro;
 Y levantando el hocico
 Vé á mi ardilla sobre el árbol.
 Empieza á paladearse,
 Allá entresi cavilando
 Cómo, hallándose tan alta,

La podrá haber á las manos.
 Hasta que al fin, esta arenga
 La dirigió desde abajo:

--Perdona, amiga, si yo
 Interrumpo tu descanso,
 Pues el gozo que en mí siento
 Me dejará disculpado.
 Sabrás que yo soy tu primo,
 Hija del único hermano
 De tu madre; y este tal
 Me dejó muy encargado
 Al morir, que te buscase
 Por montes y por poblados,
 Y que partiera contigo
 Mi herencia. Hace poco rato
 Que tuve noticias ciertas
 De que te hallaría acaso
 En este bosque; y sin mas,
 Presuroso te he buscado.
 En este supuesto, prima,
 Baja á darme un tierno abrazo,
 Pues, si pudiera subir,
 Ya te le hubiera yo dado.
 La ardilla, que no era lerda,
 Y conocía el engaño,
 Le respondió cariñosa:

--Querido primo: entre tanto
 Que yo bajo á darte pruebas
 De mi cariño, te encargo
 Que despiertes al mas fiel
 De mis amigos, pues trato
 Participe del placer
 Que este encuentro vá á causarnos.
 Ahí en ese tronco duerme;
 Despiértale, que yo aguardo
 Que te alegrarás de verle.

Mi zorro, regocijado
 Del éxito de su arenga,
 Creyendo tener acaso
 Una presa mas, se llega,
 Llama; y el perro, saltando
 De donde estaba, á mi zorro
 Se avalanzó con tal garbo,
 Que en menos de seis minutos
 Ya le tenia hecho cuartos.

*Suele suceder á veces
 Que el mas ladino y taimado,
 En la red que tiende á otro
 Viene á quedar enredado.*

—The first of these is the fact

That we have a large number

of our countrymen, in various

parts of the world, who are

in the habit of writing to

the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

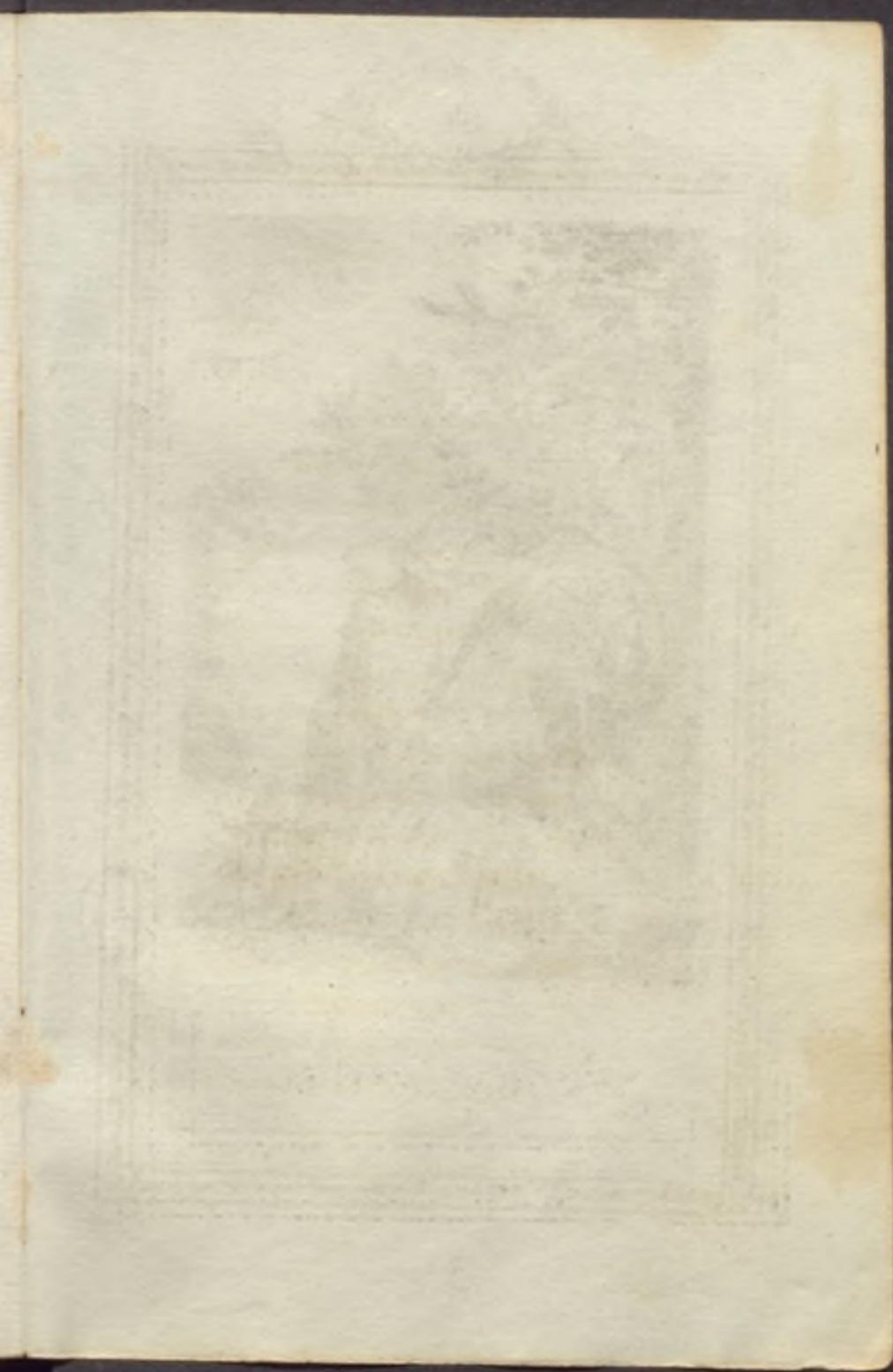
and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country

and to the friends of their country





El Filósofo y el Búho.

FÁBULA XXVI.

El Filósofo y el Búho.

Paseaba un filósofo moderno

Un bosque muy sombrío,
 Considerando el fruto miserable
 De su estudio prolijo;
 Cuando en lo mas espeso
 Vió acosado de pájaros distintos
 Á un infelice búho.
 —Es un traidor, decian; un impío;
 Un enemigo fiero de la patria.
 Que se le pele vivo,
 Uno añadió: sí, sí, pelado sea,
 Clamaron los demas; y de improviso,
 Sobre la pobre bestia
 Se arrojó el escuadron enfurecido,
 En vano con razones
 Enternecerles el cuitado quiso;
 Pues á no condolerse
 De su duro conflicto
 El piadoso filósofo, muriera
 Desollado en sus garras y sus picos.
 Pero, en fin, ahuyentando

Á aquellos implacables enemigos:

—¿Por qué así conspiraban

Contra tu vida esos traidores? dijo.

¿En qué les ofendiste?

—Señor, le respondió el animalito:

Ver mas que ellos de noche,

Este mi crimen y su ofensa ha sido.

El sabio y virtuoso

Fue siempre de los malos perseguido.





El Espejo de la Verdad.

LIBRO TERCERO.

FÁBULA XXVII.

El Espejo de la Verdad.

En el siglo dorado, en que los hombres
 En paz augusta, y en profunda calma
 Gozaban con placer sus dulces días,
 La señora verdad, sin otra zaga
 Que la de su espejito misterioso,
 De ceca en meca por la posta andaba.
 Llevábale en la mano á todas horas,
 De modo que cualquiera se miraba
 En su sincera luna; y aunque en ella
 Copiado al vivo su interior hallaba,
 Nadie, al verse, llegaba á sonrojarse.
 ¡Ay! ¡qué tiempos aquellos, si duráran!
 Pero pasaron presto: y conociendo
 Que entre los hombres la maldad se hallaba,
 La señora verdad, según se supo,
 Tendió con gran silencio sus dos alas,

Y sin decir te quedan ahí las llaves,
 Fue á buscar en el cielo su morada,
 Arrojando el espejo de corage.
 Se rompió; ya se vé, la cosa es clara;
 Y los pedazos, todos esparcidos,
 Se perdieron, que fue notable falta:
 Sin embargo, filósofos y sabios
 Han hecho diligencias tan estrañas,
 Que encontraron algunos, por ventura;
 Pero tan pequeñitos, por desgracia,
 Que, segun las historias, ni ellos mismos
 Se ven cual son en sí. ¡Quién lo pensára!



La Vallée de la Langue



La Vivora y la Sanguijuela.

FÁBULA XXVIII.

La Vívora y la Sanguijuela.

Á cierta sanguijuela

Una vívora un día

La dijo: nuestra suerte

¡Qué vária es! ¡qué distinta!

Á tí todos te buscan,

Cuando de mí á porfia

Se ahuyentan, y con rabia

Á darme muerte aspiran.

Y aunque las dos hacemos

Casi una misma herida,

A tí veo que el hombre

Te dá su sangre misma.

La sanguijuela entonces:

—¿De qué te maravillas,

Dice, si tú le matas,

Y yo le doy la vida?

¡Satíricos mordaces,

Tomad esta doctrina,

Que la crítica justa

Esto mismo os avisa!

THE HISTORY OF THE

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

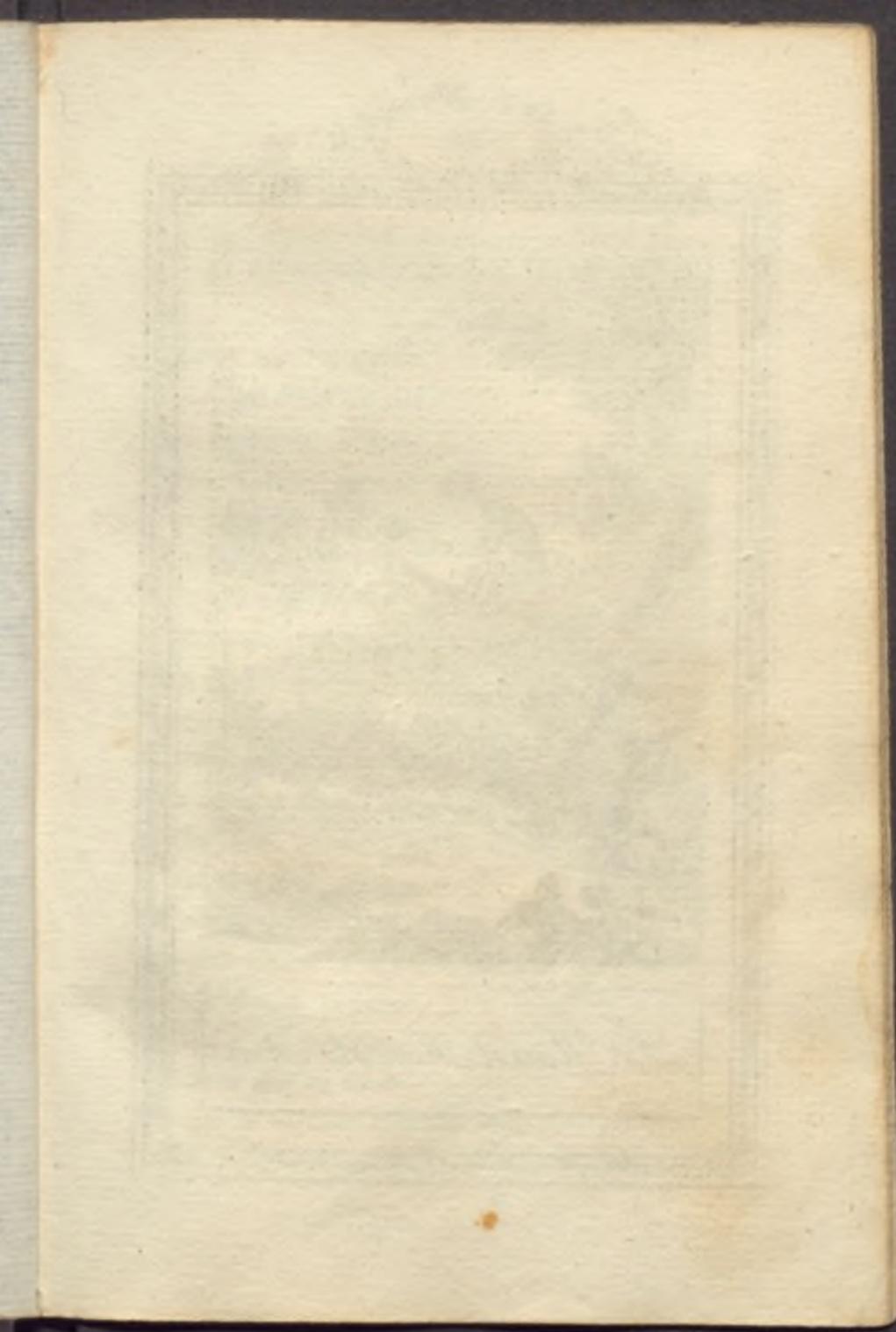
... ..

... ..

... ..

... ..

... ..





La Mona, el Mono y la Nuez.

FÁBULA XXIX.

La Mona, el Mono y la Nuez.

Una mona pequeña
 Cogió una nuez un día,
 Y en su verde corteza
 Hincó el diente con mucha monería;
 Pero haciendo mil gestos,
 La nuez al suelo tira,
 Diciendo con enfado:
 —Mi madre me engañó como á una china,
 Pues dijo que eran dulces,
 Sabrosas y esquisitas,
 Siendo, como yo he visto,
 Tan agrias, y en extremo desabridas.
 Un mono que allí estaba
 Cogió con mucho prisa
 La nuez, y entre dos cantos,
 Á pocos golpes se la halló partida.
 La monda, se la come,
 Y dice á mi monilla:
 —Sábeta que tu madre
 Te dijo la verdad, que son muy ricas;
 Pero, amiga, es preciso,

Como viste, partirlas,
 Que á costa del trabajo
 Se logran los placeres de la vida.

Sírvate de escarmiento;
Y ten por regla fija
Que se engañan aquellos
Que solo ven las cosas por encima.





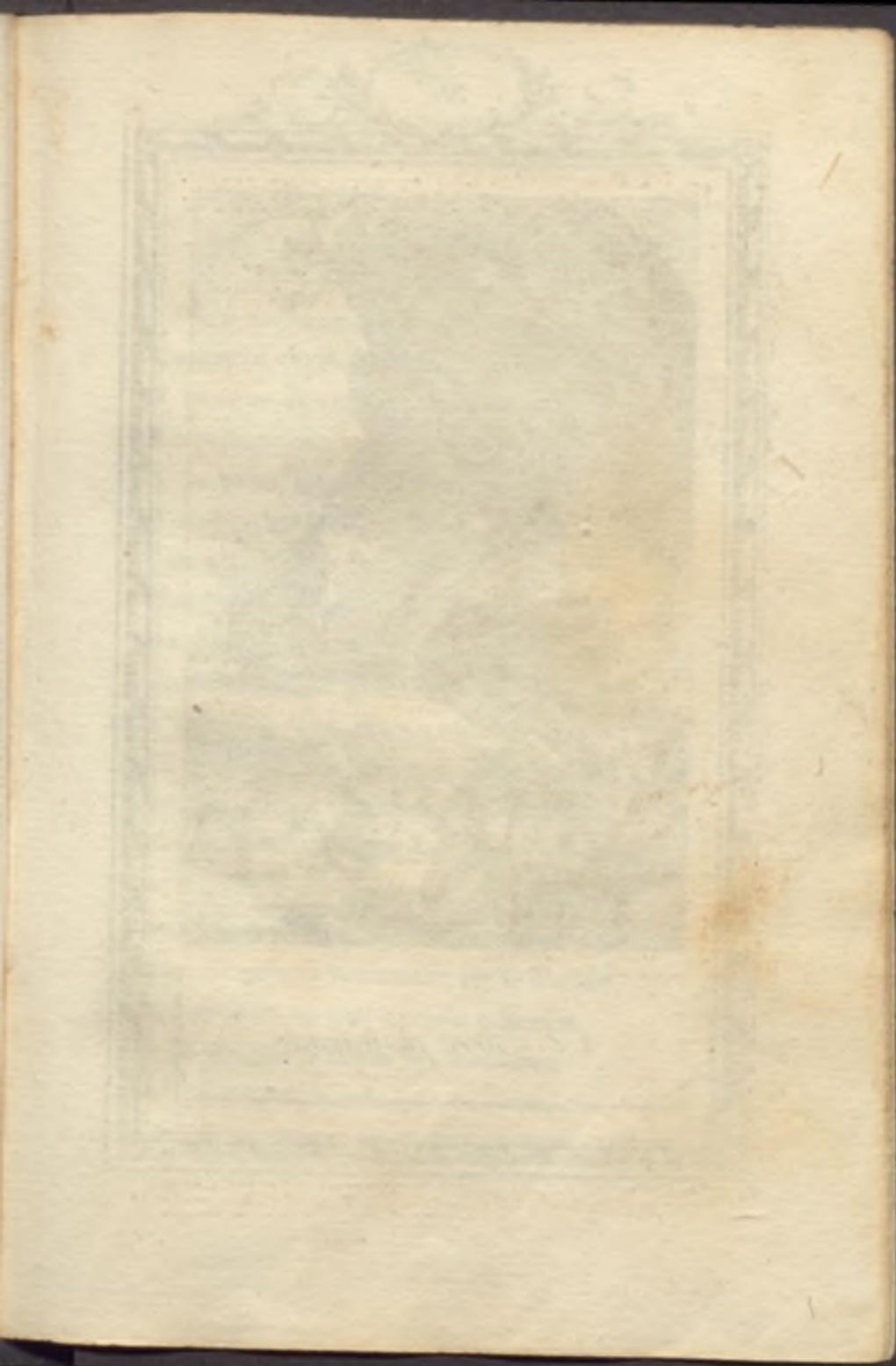
La Yundacion.

FÁBULA XXX.

La Inundación.

Alegres y contentos
 En una corta y apacible aldea
 Vivian sin envidia
 Los labradores y vecinos de ella.
 Llegó el mes en que Febo,
 Cansado de morar en nuestras tierras,
 Suele al tostado sirio
 Hacer una visita muy completa;
 Y, amigo de mi alma,
 Vieron mis labradores que la tierra,
 Muerta de sed, por agua
 Clamaba ya con tanta boca abierta.
 Juntóse, como suele,
 El gran Concejo, y tras de mil arengas
 En que, según costumbre,
 Se habló mucho, mas nada en la materia,
 Cierta padre conscripto
 De los que deletrean la gaceta
 Les dijo: Compañeros:
 Ya sabéis que en la cima de esa sierra
 Hay una gran laguna,
 Y sangrándola es fácil traer de ella

El agua necesaria ,
 Volviéndola á cerrar despues la vena.
 ¡ Oidos que tal oyen!
 Sin atender á mas , allá enderezan;
 Y con picos y azadas
 Por mas de veinte partes abren senda
 Á aquella agua estancada ,
 Que, sin que nadie baste á contenerla ,
 En crecidos torrentes
 Baja inundando campos y praderas.
 Viéndose así perdidos,
 Maldicen al consejo, y la mollera
 Del padre de la patria,
 Á quien por poco arañan y repelan;
 Pero él, alzando el grito:
 —Mi consejo, les dice, sano fuera
 Si supierais usarle,
 Sacando de ese lago con prudencia
 El agua necesaria
 Para regar sin riesgo nuestras tierras ,
 Y no para inundarlas:
 Con que para otra vez sirvaos de regla,
 Que hasta el bien con esceso
 Á ser un mal irremediable llega;
 Y que así como el fátuo
 Lo inunda todo, el sabio solo riega.





El Zorro disfrazado.

FÁBULA XXXI.

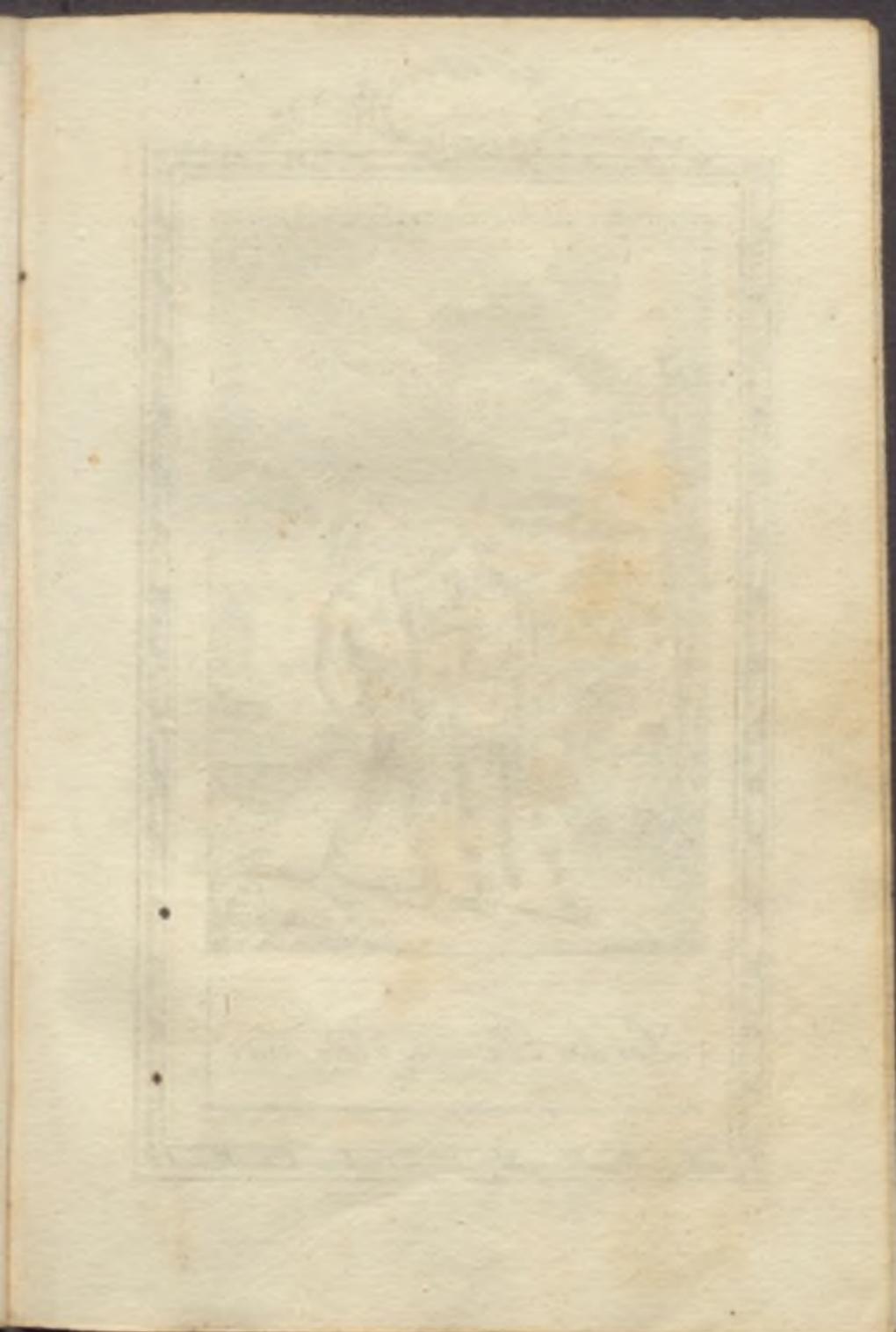
El Zorro disfrazado.

Un zorro de gran seso y mucha astucia
 En cierta corte de un leon servía,
 Y aunque desempeñó por largos años
 Empresas á su zelo cometidas,
 Y su prudencia el público alababa,
 Ninguna renta ni pensión tenia.
 Cansado de servir sin recompensa,
 Huyó á una soledad, allí vecina,
 En busca de su abuelo, zorro anciano,
 Que habia sido gran visir un dia;
 Y le contó, con pelos y señales,
 El corto premio que alcanzado habian
 Sus singulares méritos. El viejo,
 Con voz temblona, y calma de por vida:
 —Hijo, le dice: de morir acaba
 Cierta tejon, que por materna línea
 Era mi primo hermano: yo le heredo,
 Y conservo su piel curada y limpia
 Para memoria suya. Mi dictámen
 Es, y tal vez puede que te sirva,
 Que te la pongas hoy sobre la tuya,

Y que á la corte vuelvas en tal guisa.
 Bajó mi zorro jóven las orejas;
 El cerdoso gaban echóse encima;
 Y satisfecha el hambre, ácia la corte
 Se vuelve á pie como venido habia.
 Pero ¡cuál fue, señores, su sorpresa
 Cuando á las seis semanas, no cumplidas,
 Se vió con un magnífico equipage,
 Trenes, caballos, siervos, concubinas;
 Siempre de aduladores rodeado!
 Vaya, que el pobre apenas lo creía.

Pidió licencia, y fuese á dar las gracias
 Á su querido abuelo, y la noticia
 De que era gran visir. ¿No te lo dije?
 Esclama el viejo lleno de alegría:
 En ciertas tierras, y entre ciertas gentes,
 Bueno es que el zorro, de tejon se vista.







Los dos Paisanos y la Nube.

FABULA XXXII.

Los dos Paisanos y la Nube.

Á Gilote decia Lucas

Cierto dia con tristeza :

—¿Ves aquella negra nube ?

Pues mirá : ó yo soy muy bestia ,

Ó á destruir nuestras viñas

Viene cargada de piedra.

¡Infelices de nosotros,

Que tras de aquesta tragedia

Vendrá el hambre, y tras el hambre

La mas cruel epidemia!

Mientras él gime , suspira,

Y llora que se las pela,

Á carcajada tendida

Reía de ver las muecas

Gilote, diciendo á Lucas:

—Amigo: mas trae señas

De agua clara aquella nube,

Que de granizo ni piedra;

Y nos hará un beneficio,

Estando la tierra seca.

—Y ¿qué entiendes tú de nubes?

Responde con impaciencia

Lucas. —Mas que tú, replica.

En fin, ya tan adelante

Pasó aquella diferencia,

Que á defender á cachetes

Iban los dos la materia,

Cuando al horizonte vuelven

Uno y otro la cabeza,

Y ven que un soplo de viento

La nube muy lejos lleva,

Dejando á un tiempo sus campos

Sin el agua y sin la piedra.







La Ardilla y el Leopardo.

FÁBULA XXXIII.

La Ardilla y el Leopardo.

Por una y otra rama

De una verdosa encina

Iba saltando alegre

Una ligera ardilla.

¡ Mas ay! que sin pensarlo

La pobre se desliza,

Y encima de un leopardo *

Cayó por su desdicha :

El fiero animalazo,

Que tranquilo dormía,

Con el golpe despierta

Lleno de espanto é ira.

Mi ardilla, al ver su cara,

Temblando se arrodilla ;

Y el bruto , al contemplarla,

La dijo así: la vida

En concederte vengo

Con tal de que me digas

¿ Por qué razon tú vives

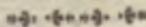
Con toda esa alegría,

Y yo, rey de las selvas,

Paso mis cortos días
Tan lleno de disgusto?

— Señor: yo lo diría,
Responde muy aguda,
Si subir á la encina
Su alteza me dejase.

La gracia concedida,
Trepó á la misma copa,
Y allí, bien defendida
De cualesquier ataque,
Así le habló mi ardilla:
— Si es que á vivir anhelas
Con gozo y paz tranquila,
Yo no hago mal á nadie,
Observa mi doctrina.





Handwritten text, possibly a signature or name, located below the illustration.



El Gato y el Espejo.

FÁBULA XXXIV.

El Gato y el Espejo.

Filósofos que aspirais
 Á penetrar los arcanos,
 Oid: con vosotros habla
 El mas sábio de los gatos.
 Un día, en un tocador
 Vió un gatazo jubilado
 Un espejo, y muy curioso
 Dió sobre la mesa un salto.
 Mira, y cree ver en él
 Á un *quidam* de sus hermanos;
 Pero al quererse ir á él
 Encontró cortado el paso.
 Paróse entonces un poco,
 Y el cristal examinando,
 Dá por detras del espejo
 La vuelta, y se halla burlado.
 Torna, y torna á presentarse
 El mismo gato acechando.
 Pero discurriendo astuto
 Que tal vez, para burlarlo,
 Mientras por uno le busca

Se iria por otro lado,
 En lo alto del espejo
 Montó ligero á caballo,
 Y dijo: así no podrá
 Escapárseme el bellaco.

Satisfecho de su industria,
 Fue poco á poco bajando
 La cabeza ácia la luna:
 Vé una oreja; echa la mano,
 Y con el cristal tropieza:
 Echa la otra ácia el respaldo
 Con la mayor prontitud,
 Pero se halló con el marco
 Solamente; de manera
 Que cuando mas ocupado
 En sus averiguaciones
 Estaba, perdió mi gato
 El equilibrio, y dió en tierra
 Con cabeza y espiñazo.
 Entonces, vuelto en su acuerdo,
 Dijo el pobre, lastimado:
 —Esto le sucede á quien,
 Ó curioso, ó mentecato,
 Sin necesidad aspira
 Á penetrar un arcano.



Faint, illegible text, possibly a title or description, located below the illustration within the decorative border.



Los dos Jardineros.

FÁBULA XXXV.

Los dos Jardineros.

Tocóles por herencia á dos hermanos
 Un jardín muy ameno,
 Y cada cual su parte cultivaba
 Con diferente esmero.
 El mayor de los dos (Juan, de buena alma),
 Mozo de gran talento,
 Gran charlatan, y de doctorpreciado,
 Pasaba el día entero
 En consultar el almanac del año,
 En observar los vientos
 Y el orden de las sábias estaciones.
 Quería con empeño
 Investigar la gran naturaleza
 Con todos sus misterios;
 Y entre tanto que el fátuo miserable
 Así perdía el tiempo,
 Sus verdes espinacas y lechugas,
 Por la falta del riego,
 Quedaron abrasadas; sus higueras
 Al cabo se perdieron;
 De modo que el cuitado al fin del año

Se encontró sin remedio,
 Perdidas sus verduras y frutales,
 Su bolsa sin dinero,
 Y atenido al socorro de su hermano.
 Éste, siempre mas cædo,
 Levantábase al alba, y muy alegre
 Cavaba con esmero,
 Y regaba su rico patrimonio,
 Sin malgastar el tiempo
 En penetrar inútiles arcanos;
 Con cuyo sábio medio
 Le sobraba el caudal y la alegría.

Admirado en extremo
 El señor Juan, le dijo: ¿en qué consiste,
 Que, igual siendo el terreno,
 Hayas cogido tú tanta verdura
 En tu pequeño huerto,
 Tanta y tan rica fruta, y tantas flores,
 Cuando el mio está seco?
 --Hombre, le respondió: muy poco tiene
 Que entender el misterio:
 Mientras tú djscurrias, yo cavaba;
 Mientras tú, majadero,
 El calendario todo revolvías,
 Yo con mucho desvelo
 Regaba mi hortaliza y mis frutales.

Alegre y satisfecho

Con tan pequeña ciencia, no aspiraba

Á saber mas de aquello

Que debe asegurar mi subsistencia.

De modo que ahora veo

Que sin saber leer soy yo mas sábio

Que tú y otros mil necios

Que, por saber tal vez lo que no importa,

Olvidais lo que os fuera de provecho.



William A. Jones



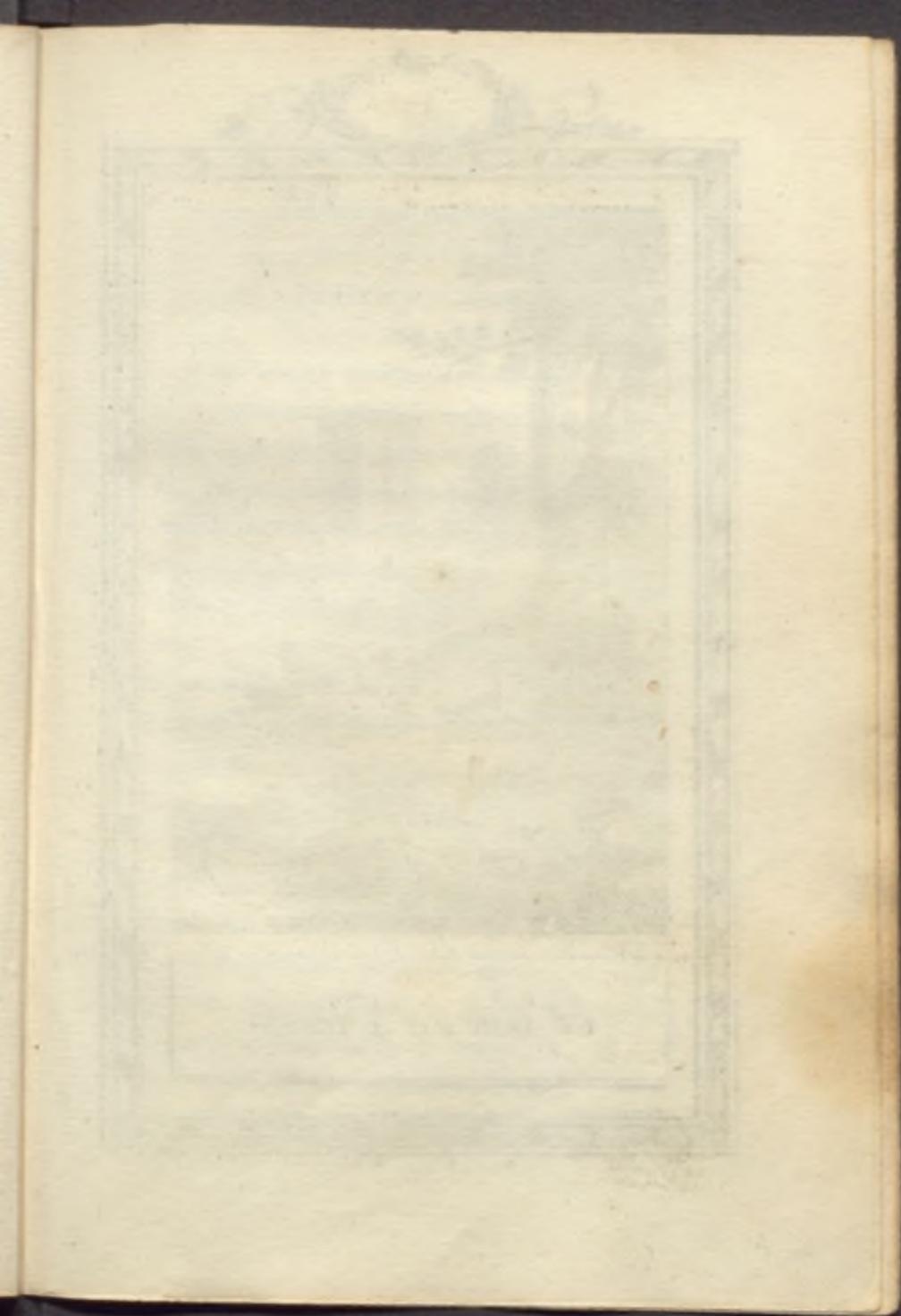
El Castillo de Naipes.

FÁBULA XXXVI

El Castillo de Naipes.

En pacífico albergue
 Vivía muy tranquilo,
 Un cierto matrimonio,
 Acompañado solo de dos hijos.
 Sus campos cultivaba
 Con un afán sencillo,
 Y en copiosas cosechas
 Les pagaba la tierra el beneficio.
 Bajo sus verdes parras
 Cenaba en el estío;
 Pasando del invierno
 Á una gran lumbre los penosos fríos.
 Ya dando documentos
 De virtud á sus niños,
 Ya con cuentos morales
 Teniéndoles acaso entretenidos.
 El mayor, una noche
 Sentado en un banquillo
 Al lado de una mesa,
 Leía en el Rolin muy embebido,
 En tanto que el pequeño,

Con maña y artificio,
 De una porción de naipes
 Aspiraba á formar un gran castillo.
 En esto, una gran duda
 Ocorre al lector mio,
 Y dicele á su padre
 Con gran curiosidad, cerrando el libro:
 —¿Por qué ciertos guerreros
 Se llaman, como he visto,
 Conquistadores, y otros
 Fundadores? pues qué, ¿no son lo mismo?
 Discurría su padre
 Qué responder al hijo;
 Cuando hete aquí que el otro,
 Loco de ver formado su designio:
 —Papá, ya acabé, esclama,
 Lleno de regocijo.
 El mayor, enojado,
 De un manoton deshácele el castillo;
 Y el cuerdo padre entonces:
 —Tu hermano, dice, el fundador ha sido,
 Y tú en este momento
 Eres conquistador. ¡Oh, qué bien dijo!





El Gato y el Anteojo.

FÁBULA XXXVII.

El Gato y el Anteojo.

Cierta gato montés de gran sesera,
 Y cazador entonces afamado,
 Fijó su domicilio y sus ojeos
 En un parque de cierto potentado,
 Abundante de liebres y conejos,
 Donde el nuevo Nembrot, en el asalto
 Y en la carrera diestro, día y noche
 De pluma y pelo se llenaba el pancho.
 En vano le espíaban y seguían
 Los diligentes guardas, pues mi gato,
 Agazapado en una madriguera,
 Burlaba sus pesquisas y cuidado.
 Sin embargo, temia ser cogido,
 Porque su vista, á fuerza de los años,
 Cada día iba á menos; y este miedo
 Le tenia yá triste y cabizbajo;
 Cuando hete aquí que un dia su desgracia
 Le depara un anteojo de teatro,
 Que el gran señor sin duda perdería.
 Examínale bien; y por acaso,
 Aplicando sus ojos á un extremo,

Á distancia muy corta vé un gazapo.
 —¡Oh! qué tesoro, dice, bendiciendo
 Mil veces el antejo, alborozado,
 Y corriendo ácia él, muy persuadido
 Á que se hallaba á diez ó doce pasos.
 Oye algun ruido: aquí del gran antejo;
 Pero por su desgracia, el mentecato
 Mira por el extremo contrapuesto,
 Y descubre á mi guarda. Sin embargo,
 Como le pareció que estaba lejos,
 Y cerca el gazapillo, no hizo caso,
 Y avanza ácia la presa; de manera
 Que mi guarda, que estaba á pocos pasos,
 Acecha al salteador, y le saluda
 Con la atencion que gastan de ordinario,
 Metiéndole dos balas regulares,
 No sé si por el vientre ó espinazo.

*Esto sucede á muchos que, teniendo
 Antejo semejante al de mi gato,
 Ven lo que les disgusta muy distante;
 Pero lo que desean, muy cercano.*





El Rey y los dos Pastores.

FÁBULA XXXVIII.

El Rey y los dos Pastores.

Paseábase un rey en cierta tarde,
 Muy triste y macilento,
 Por un hermoso prado,
 Y así á su confidente iba diciendo:
 —¿Podrá haber en la tierra,
 Si bien lo considero,
 Situacion mas penosa que la mía?
 Amo la paz, y en precision me veo
 De sostener la guerra:
 Á mis vasallos quiero,
 Y con duros tributos les agobio:
 Yo busco la verdad, y no la encuentro:
 En males y miserias sumergidos
 Miro mis tristes pueblos,
 Sin que aliviarlos pueda:
 En fin, pido consejo,
 Y ni consejo, ni remedios hallo.
 Aquí llegaba, cuando vé, no lejos,
 Un crecido rebaño
 De esquilados y estíticos carneros,
 De corderos sin madres,
 De ovejas sin corderos,

Estenuados, tristes y dispersos,
 Su conductor Gilote iba corriendo,
 Ya á alcanzar á una oveja,
 Que á la selva partia como el viento,
 Ya al corderillo que detrás se queda:
 De modo que en el crítico momento
 Que él iba por un lado,
 Un lobo carnicero
 Carga con una res. Gilote acude,
 Y otra entretanto viene sin remedio
 Á ser despojo de una hambrienta loba.
 Párase el pobre casi sin aliento,
 Y afligido y confuso
 Maldice su fortuna. El rey, atento
 Á la fatal escena:
 —He allí mi imágen, dice: tantos riesgos
 Como á él, á mí me cercan y me alligen,
 Sin encontrar consuelo.

Vuelve entonces los ojos,
 Y vé en el otro extremo
 Del mismo prado un hato mas crecido
 De ovejas y carneros,
 Que alegres pasturaban
 Sin el menor recelo,
 Mientras que su pastor, allí tendido,
 Cantaba dulces versos

Á su tierna zagala
 Al compás de su rústico instrumento.
 El Monarca, admirado,
 Dijo al verle: ¡qué presto
 Ese hermoso ganado
 Destruído será del lobo fiero
 Si así el pastor le deja y se descuida!
 Asoma, con efecto,
 Un lobo de repente;
 Pero vele un mastin, y con denuedo
 Le estrecha y despedaza:
 Entre tanto, aterrados los corderos
 Huyen á la llanura;
 Pero vá otro mastin en el momento
 Y al ganado les vuelve,
 Quedando todos en igual sosiego
 Que disfrutaban antes,
 Sin que el pastor dejára su recreo.
 Llegase el rey entonces, y le dice:
 —¿Cómo, cuando tan lleno
 Está este sitio de voraces lobos,
 Tú vives tan sereno,
 Y tus ganados pacen tan tranquilos?
 —Señor, responde: claro está el misterio:
 Toda la cosa pende
 En haber escogido buenos perros.





El Escritor y los Ratones.

FÁBULA XXXIX.

El Escritor y los Ratones.

Quejábase cierto autor
 Que voraces y atrevidos
 Unos ratones roían
 Sus mas preciosos escritos.
 Les colocó en otro armario;
 Se valió de gatos finos;
 Armó varias ratoneras:
 Ni por esas, ; vive Cristo!
 Prosa, verso, historia: nada
 Respetaban los malditos:
 Del mismo modo mordían
 De Alejandro el heroísmo,
 Que los encantos de Clori.
 Nuestro hombre, ya enfurecido,
 Que para estarlo un autor
 No ha menester gran motivo,
 Echa luego solimán
 En la tinta, y mas tranquilo
 Vuelve á escribir: los ratones,
 Ignorantes del peligro,
 Roe que te roerás,

Hasta que la trampa quiso
 Que reventaron. Al fin,
 Llevaron su merecido.

*Pero si el autor supiera
 Que no hay excelente escrito
 Que de uno ú otro raton
 No sca al menos roido,
 No enveleciera su pluma,
 Como sucede á infinitos,
 Mojándola en un veneno
 Tan vergonzoso y nocivo.*







Los dos Leones.

LIBRO CUARTO.

FÁBULA XL.

Los dos Leones.

De la sed hostigados dos leones
 Á un mismo tiempo á un manantial llegaron;
 Y aunque á la par beber los dos podian,
 Entró la vanidad á reprobalo,
 Y quiso cada cual beber primero:
 Miráronse con ojo sanguinario,
 Encrespando del cuello las guedejas,
 Y el lomo con las colas azotando:
 Se embistieron, al fin, con tal denuedo,
 Que el bosque con rugidos aterraron.
 Iguales en esfuerzo y valentía,
 El combate duró muy grande espacio,
 Hasta que ya rendidos, y cubiertos
 De crueles heridas, se llegaron

Juntos al manantial: en él bebieron,
 Y á muy pocos momentos espiraron.

*¡Hombres, tomad leccion de estos leones,
 Y no os despedacis como insensatos,
 Si despues de ofenderos mortalmente
 Habeis de beber juntos, y en un charco.*







Los dos Gatos.

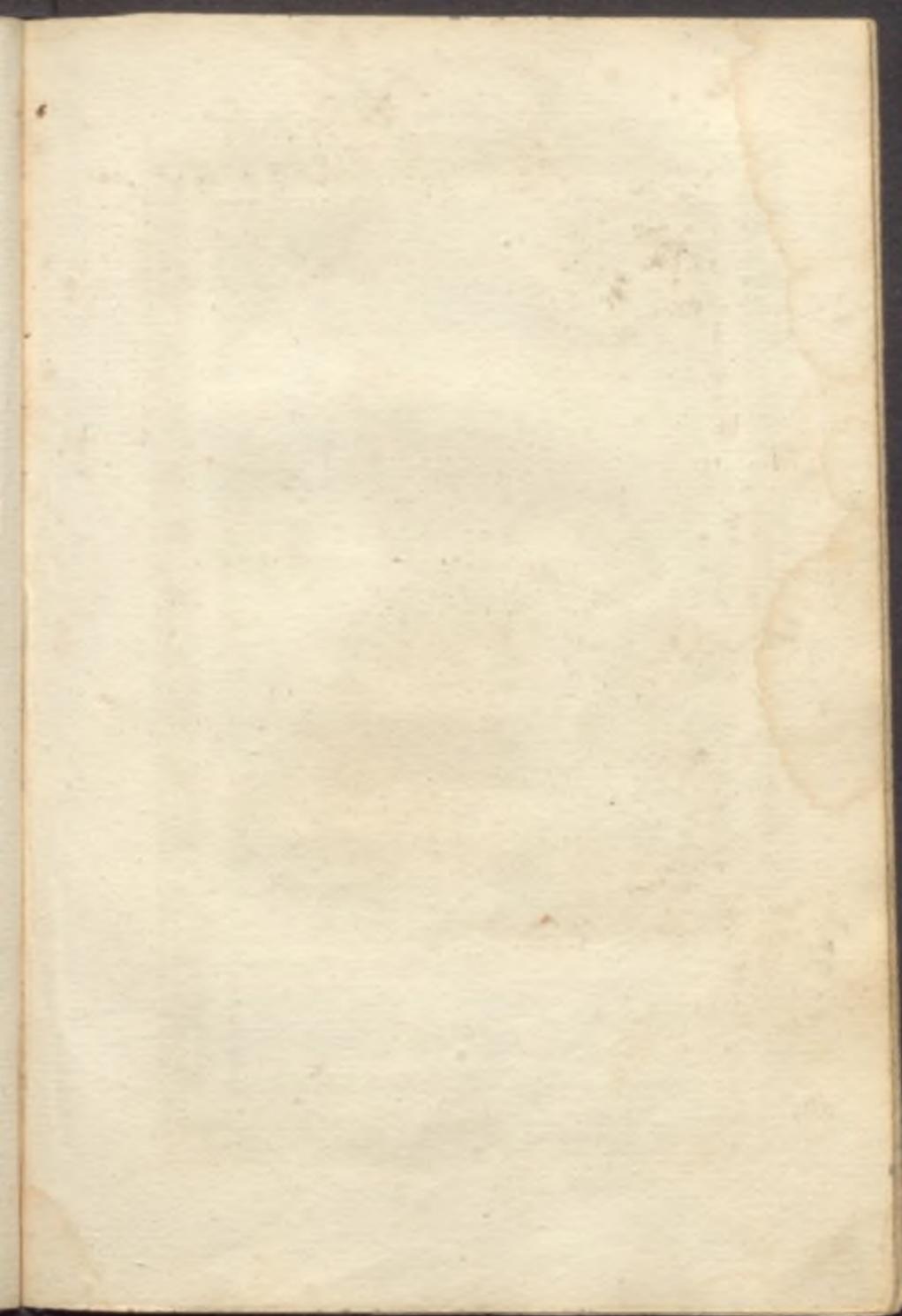
FÁBULA XLI.

Los dos Gatos.

Dos gatos, descendientes
 Del noble Rodilardo,
 Dignos de tal origen
 Por sus ilustres rasgos,
 Por desgracia servían
 Á diferentes amos.
 El uno se veía
 Muy mantecoso y lardo,
 Y el otro pobrecillo
 Estenuado y flaco.
 Ya un día el esqueleto
 Le dijo así al hermano:
 —¿ En qué consiste, dime,
 Que siempre estás holgando,
 Y tú señor, no obstante,
 Te dá tan bello trato
 Como tu piel nos dice:
 Y á mí, que trabajando
 Estoy de noche y día,
 Del sótano al tejado,
 Tan mal me trata el mio
 Cual dice mi espinazo?
 —No hay cosa mas sencilla,
 Le respondió el bigardo:
 Tú corres todo el día
 Para cazar acaso
 Un triste ratoncillo,

Y yo estoy entretanto
 Mil monadas haciendo
 Al rededor del amo;
 Y él con racion decente
 Me paga los halagos:
 Yo brinco hasta su mesa,
 Yo en su sofá descanso,
 Y así pasó una vida
 Como otro Papiniano.
 Y ¿á qué costa? ya lo oyes;
 De hacer dos arrumacos,
 Y de esconder las uñas
 Cuando le doy la mano.
 Desengãñate, necio,
 Que en el siglo en que estamos,
 El que medrar quisiere,
 Segun autores varios,
 No el arte de ser útil
 Estudie como antaño,
 Pues basta solamente
 El que agradar sepamos.

*Yo conozco doctores
 Dos veces graduados
 Que en la sutil materia
 No saben otro tanto.*





La Avispa y la Avispa.

FÁBULA XLII.

La Abeja y la Avispa.

Viendo un día á cierta abeja
 Sobre una flor, una avispa
 Se llegó á ella, diciendo:
 --Hermana: muy buenos días.
 --¿Hermana? la respondió
 La abeja con gran mohina.
 ¿De cuándo acá el parentesco?
 --Desde que fuimos nacidas,
 Replicó un tanto picada
 La avispa: y lo certifica
 Nuestra total semejanza
 En talle, en fisonomía,
 En alas, en estructura;
 Y en fin, si bien lo examinas,
 Hasta nuestros aguijones
 Son iguales. --Pero amiga,
 Replicó entonces la abeja,
 Un poquito envanecida,
 Son distintos sus oficios;
 Pues tú con ellos irritas

Y ofendes, y en mí son armas
Solamente defensivas.

*No equivoquemos las señas,
Aunque parezcan las mismas,
Que entre las abejas siempre
Se encontrará alguna avispa.*







La Carpa y sus hijuelos.

FÁBULA XLIII.

La Carpa y sus Hijuelos

Cuenta, hijos, míos, decía. Á—

Una carpa á sus hijuelos,
 Con no llegaros jamás
 Á la orilla, pues hay riesgo
 De que caigais en las redes,
 Ó que tragueis los anzuelos.

Pues, señor; críticamente
 Dábase este consejo:
 Á tiempo que el mes de abril
 Venia con mucho estruendo
 Deshelando las montañas,
 Por dar en rostro al enero;
 De modo que por instantes
 Iban los rios creciendo
 Y saliéndose de madre,
 Mis carpillas que tal vieron:
 —¡Que si quieres! exclamaron;
 ¿Que en el fondo nos estemos
 Quietecitas? ¿eh? ya baja.
 Con que cuando estan cubiertos
 Los árboles, y tan solo
 Divisamos agua y cielo:

Cuando señoras del mundo
 En este instante nos vemos,
 ¿Viviríamos aquí
 Encerradas? ni por pienso.

—Á correr cortes, muchachas;

Que bien pronto volveremos

Á dar á nuestra mamá

Noticias del mundo entero.

En vano la sábia carpa

Las vuelve á pintar de nuevo

Los peligros de aquel viage:

No señor: ¿quién dijo miedo?

Todas del márgen del rio

Se salen con gran contento;

Y á poquísimos instantes

Se retiran á su centro

Las aguas; y he aquí en un punto

Mis vanilocas en seco;

Y en otro, presas y fritas.

¿Y por qué? ¿quiéren saberlo?

Por presumir de mas sábias

Que su madre, lo primero,

Y por quererse salir

De su esfera.... ese es el cuento:

Y cuento á fé, que á infinitos

Sé yo que les viene á pelo.

FÁBULA XLIV.

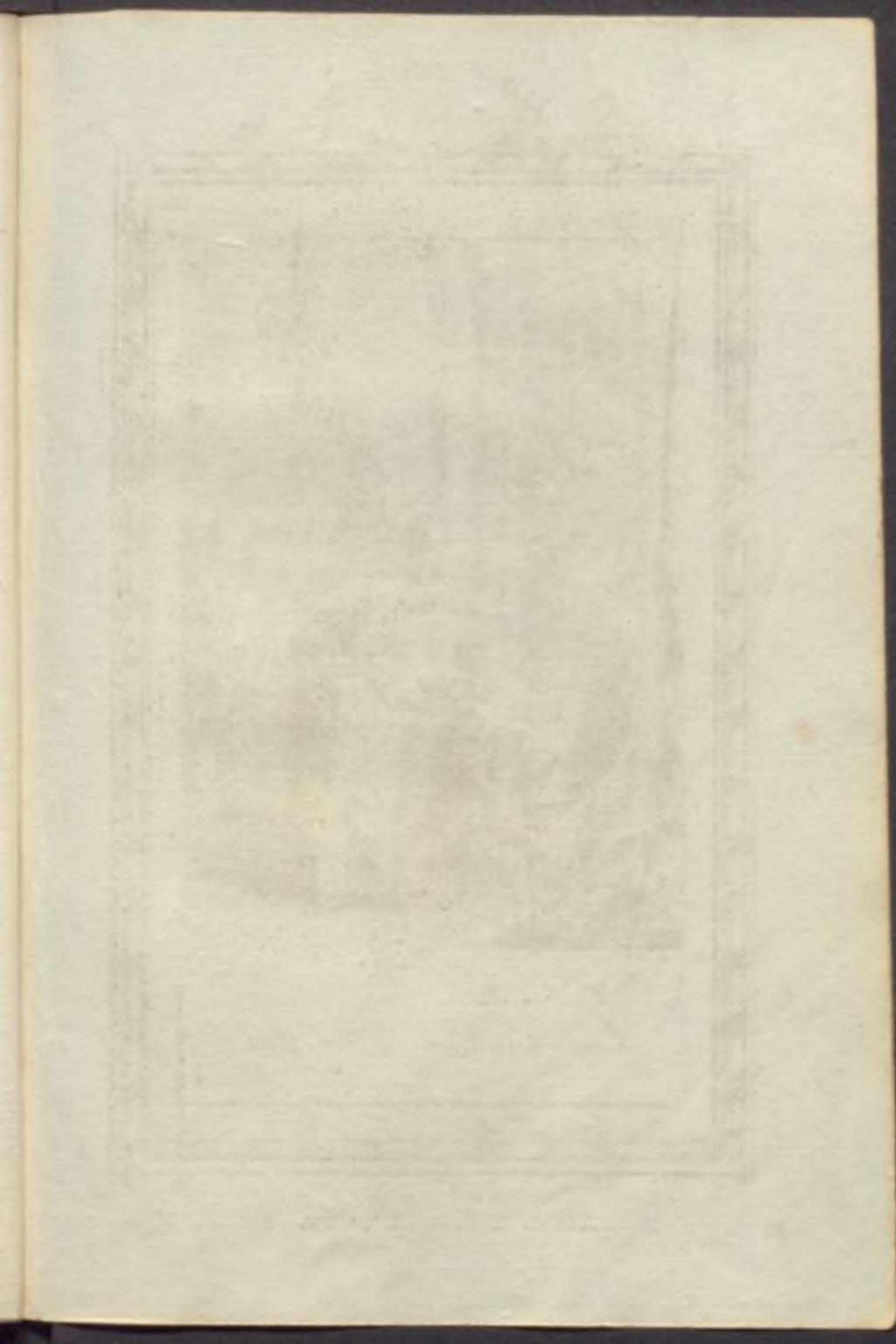
Los dos Calvos.

Dos calvos, en una esquina
 Llegaron á un tiempo á ver
 Medio peine, y con mohina,
 Sobre quién le ha de coger
 Se enzarzó una cachetina:
 Pero el que de ellos ganó
 La alhaja por que lidiaban,
 En la batalla perdió,
 Segun que despues se vió,
 Los pelos que le quedaban.
 ¿A qué tan necios porfian?
 ¿Qué disculpa nos darán?
 ¿Por qué el triunfo pretendian?
 ¿Para qué el peine querian
 Si calvos los dos estan?

FÁBULA XLIV.

Los dos Caballos.

Dos caballos, en una cuadra
 Llegaron a sus tiempos de ver
 Muestró primero, y con nobleza,
 Sobre quien se ha de comer
 Se miraron, sus caballos:
 Pero el que de ellos ganó
 La estaja por sus nobles,
 En la parte se paró,
 Según que después se vio,
 Los peores que le sucedían.
 ¿A que tan malos paraban?
 ¿Qué desventajas nos daban?
 ¿Por qué el talento perdían?
 ¿Pero que el premio perdían
 Si caballos los dos están?





Los dos Calvos.





El Muchacho y el Espejo.

FÁBULA XLV.

El Muchacho y el Espejo.

Cierto muchacho, criado
 En un miserable pueblo,
 Vuelto á casa de sus padres
 Se admiró al ver un espejo.
 Viendo en él á otro muchacho
 Hizo involuntario un gesto;
 Y al mirar que le remeda,
 Se enfurece con estremo.
 Le amenaza con el puño,
 Y vé que el otro, soberbio,
 Con su puño le amenaza.
 Allí fue troya: al momento
 Le descarga mi rapaz
 Una puñada, creyendo
 Que le iba á desbaratar
 Los hocicos cuando menos:
 Y cátrate al pobre chico
 Que se lastima los dedos,
 Y alza el clamor, renegando
 Del muchacho y el espejo.
 La madre acude á sus lloros,

Y le halaga con afecto,
 Diciéndole: Mira, bobo,
 ¿Tú no le hiciste primero
 Un gesto? pues él te hizo otro.
 Ríete, verás qué presto
 Se ríe él también. Si tú
 Le dás la mano contento,
 Verás que él te dá la suya;
 Y si tú le muestras ceño,
 Ceñudo se pondrá él;
 Porque él es, hijo, el ejemplo
 De la sociedad, la cual
 Nos vuelve, como el espejo,
 En nuestro provecho ó daño,
 Todo el bien ó mal que hacemos.





El Charlatan.

FÁBULA XLVI.

El Charlatan.

Un charlatan, de tontos rodeado,
Gritaba en una plaza:

—Vengan á ver, señores, el remedio
Que los químicos llaman
Remedio universal: dá entendimiento
Á los fátuos y fátuas;
Á los pícaros honra, y aun aprecio;
Á los bufones gracia;
Hermosura á las feas; á los muertos
Una perpetua fama;
Á las viejas, amantes á porfia;
Y en fin, todo lo sana,
Todo lo facilita y lo trastorna,
Lo rinde y avasalla.

Yo, que al pasar le oí, llegué corriendo
Á ver lo que decanta;
Y halleme que eran unos polvos de oro
El singular remedio de que hablaba.





El Javali y los Ruiseñores.

FÁBULA XLVII.

El Javalí y los Ruiseñores.

Cierto señor, rico, y vano,
 Como lo son los mas de ellos;
 Muypreciado de buen gusto,
 Muy creido de talento
 Tan solamente porque
 Tenia mucho dinero,
 Daba su mesa de *gratis*
 Á diferentes ingenios
 Que con lisonja alababan
 Su corto discernimiento,
 Mendigando sus elogios,
 Y aun á veces recibiendo
 De su ignorancia en las artes
 Despreciables documentos.
 Una tarde se paseaba
 Con un pobre jardinero
 Por un parque solitario,
 En cuya espesura vieron
 Á un javalí que labraba
 La tierra, como hacen ellos,
 Para afilar sus colmillos;

Y en torno de él, muy contentos,
 Infinitos ruisiñores
 Siguiéndole con gorgeos.
 Oíales el bestiaza,
 Tan grave y tan circunspecto,
 Como si en el *ut, re, mi*
 Fuera consumado maestro:
 Bajando de cuando en cuando
 La cabeza muy severo
 En señal de aprobacion;
 Y aun se dice por muy cierto
 Que le oyeron entre dientes
 Dos *bravos* y tres *superbos*.
 —Pues ¡ cómo! dijo admirado
 Nuestro gran señor al verlo,
 ¿Para juez de sus canciones
 Han elegido indiscretos
 Á un animal tan salvaje?
 —No entiende Vmd. el misterio,
 El jardinero responde:
 El javalí, sin saberlo,
 Hace salir de la tierra
 Innumerables insectos,
 Que de aquellos ruisiñores
 Son esquisito alimento:
 Y mientras ellos le siguen,

Para sacar su provecho,
El majadero discurre
Que es por amor y respeto.

*¡Qué de javalís como éste
En el mundo conocemos!
Pues digo de ruiñeños:
¡Cuántos que hacen lo que aquellos!*



Para ser en progreso,
El espíritu humano
Tiene que amar y respetar,
Que se levante como este
Por el mundo entero,
Y sea el alma de la humanidad,
Y siempre que haya un alma humana!



Faint, illegible text or signature, possibly a name or date, located below the illustration.



El Ciego y el Paralítico.

FÁBULA XLVIII.

El Ciego y el Paralítico.

Había en cierto pueblo
 Dos míseros mendigos,
 Uno ciego del todo,
 Y el otro bien tullido.
 Un día se encontraron,
 Y uno al otro, alligidos,
 Contáronse sus cuitas,
 Y luego el ciego dijo:
 —Hermano: si quisieras,
 Tendrían hoy alivio
 Mis males y los tuyos.
 —Pues dime con qué arbitrio,
 Responde el compañero,
 Alegre y sorprendido.
 —Mira, le dice el ciego:
 Tú tienes, buen amigo,
 Ojos, que á mí me faltan;
 Yo tengo, como has visto,
 Piernas, que tú no tienes;
 Con que si nos unimos,
 Llevándote yo á cuestras,

Guiándome tú mismo,
 Ni yo seré ya ciego,
 Ni tú serás tullido.

*¡O, cuán menores fueran
 Los males que sufrimos,
 Si, á imitación del ciego,
 Nos diéramos auxilio!*





El Caminante y el Rio.

FABULA XLIX.

El Caminante y el Río.

Decíame un amigo

Un día que nos íbamos paseando:

— Ya conozco mis yerrós,

Y arrepentido trato de enmendarlos,

No mas amor, ni juego;

No más deleites, pues viví engañado;

—¿Desde cuándo, le dije,

Ha de empezar la enmienda? Ha ya tres años

Que te oigo igual protesta,

Y hasta el día no se ha verificado.

— Necesito un pretesto

Para no quedar yo tan desairado

Á los ojos del mundo.

Á esta sazón, á márgenes llegamos

Del caudaloso Sena,

Donde vimos, sentado en un peñasco,

Á cierto pasagero,

Impaciente sus aguas observando.

— ¿Qué haceis ahí, le dije,

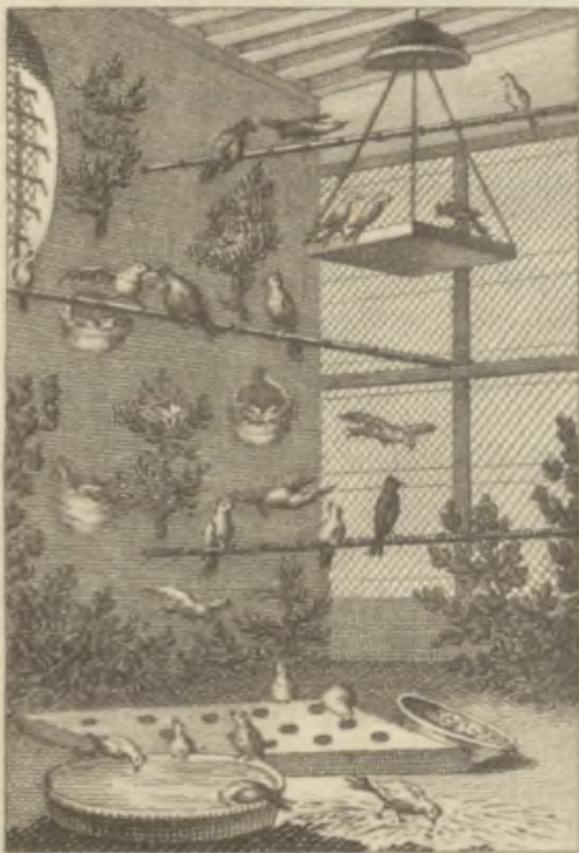
Tan triste, tan suspenso, y tan parado?

-- Á esa aldea vecina,

Me respondió con aire sosegado,
 Voy á cierto negocio;
 Y como no hallo puente, aquí esperando
 Estoy que deje el río
 De correr una vez para pasarlo.
 —He aquí tu misma imagen,
 Dije á mi amigo entonces. Tú has pasado,
 Y pasas en proyectos
 Lo mas precioso de tus dulces años,
 Esperando un momento
 Que jamás llegará. —Vaya, paisano,
 Si atravesar el río
 Quereis como decis, pasadle á nado,
 Porque él correra siempre
 Con igual rapidez que está pasando.

Para todos los hombres
¡Qué documento tan seguro y sábio!





Los Canarios y el Xilguero.

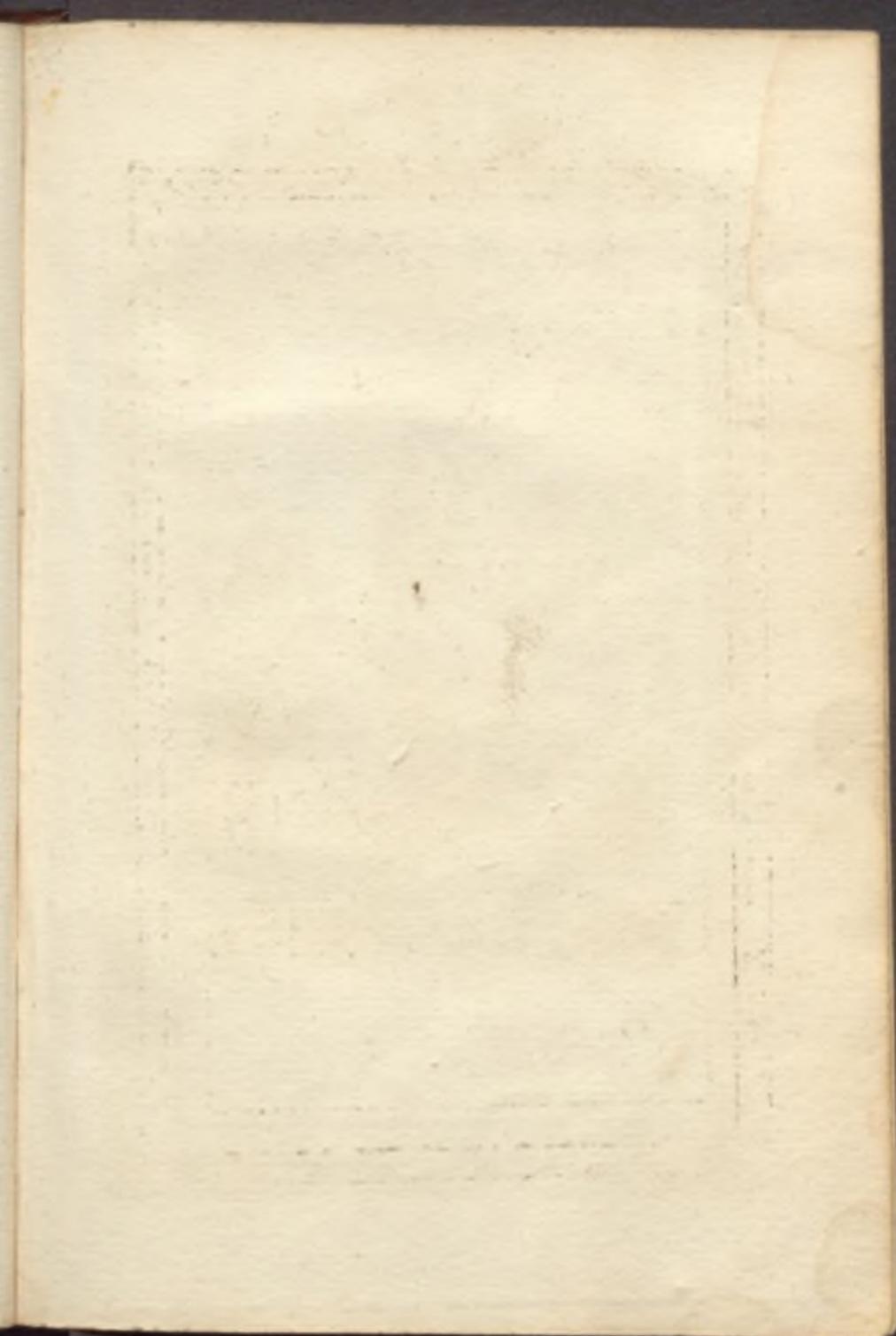
FABULA L.

Los Canarios y el Jilguero.

Un quidam puso un día entre los huevos
 De una cierta canaria
 Un huevo de jilguero:
 Y la pobre, engañada,
 Cobóle al fin como los otros suyos,
 Y á luz salió un jilguero sin desgracia.
 De canaria y canario
 Recibia sin tasa
 Alimento y caricias, de manera
 Que con todos sus hijos le igualaban,
 Sin embargo que vieron por la pluma
 El engaño á poquísimas semanas.
 Ya un día otro jilguero,
 Algo envidioso de ventura tanta,
 Fué en su busca, y le dijo:
 — Ya es tiempo que conozcas tu prosapia.
 Esos que tú por padres reverencias,
 Has de saber que no te tañen nada,
 Y que eres un jilguero hecho y derecho;
 Y si de mis palabras
 Llegáres á dudar, mira la pluma

De tus hermosas alas,
Mira tu pico, mira tu cabeza.
—Cierto será lo que hablas,
Le respondió el ingerto;
Pero supuesto que los dos me tratan
Como si fuera su hijo,
Por padres les conozco; que en sustancia,
Mas padres son los que supieron serlo,
Que los que así, porque lo son, se llaman.







La educacion del Leon.

FABULA LI.

La educacion del Leon.

Ya por fin el leon, segun la historia,
 Vino á tener un hijo,
 Sucesor inmediato
 De toda la estension de sus dominios.
 Acabadas las fiestas
 Que son de esencia en tales natalicios,
 Trató su cuerdo padre
 De dar al principito,
 En vez de ama de cria,
 Un preceptor de tal encargo digno.
 Juntase el gran consejo,
 Y espuesto el punto, el tigre el primerito
 Habló de esta manera:
 -- Señor: la guerra en todo tiempo ha sido
 La que del trono el esplendor sostuvo;
 Y así, será preciso
 Que para sostener mañana el suyo,
 Venga á ser nuestro principe aguerrido,
 Y así se hará temible
 Á todos los monarcas sus vecinos.
 El oso formidable
 Fué de igual parecer, y así le dijo:

Conviene que á su alteza
 Se busque un preceptor, de cuyo brio,
 Cual vos á ser aprenda
 Invencible; pues este es en mi juicio
 El talento mayor. —Ese es un yerro,
 Replica el zorro entonces, pues se ha visto
 Que puede mas la astucia
 Que el valor; por lo cual, señor, opino
 Que su maestro sea
 El mas sagaz de todo este dominio.

En fin, cada vocal de la asamblea
 Tiraba, por lo visto,
 Á su solo provecho,
 Segun es de costumbre; é indeciso
 El leon no sabía
 Cuál sería el partido
 Que debia tomar; cuando un perrazo
 De grande madurez así le dijo:
 — Ni el valor, ni la astucia
 Vienen á ser los artes que en mi juicio
 Aseguran de un rey los vastos pueblos:
 Hágase amar, y los tendrá sumisos:
 Será feliz su estado,
 Y temblará á su nombre el enemigo.
 Enmudeció el consejo;
 Y el rey, ya convencido:

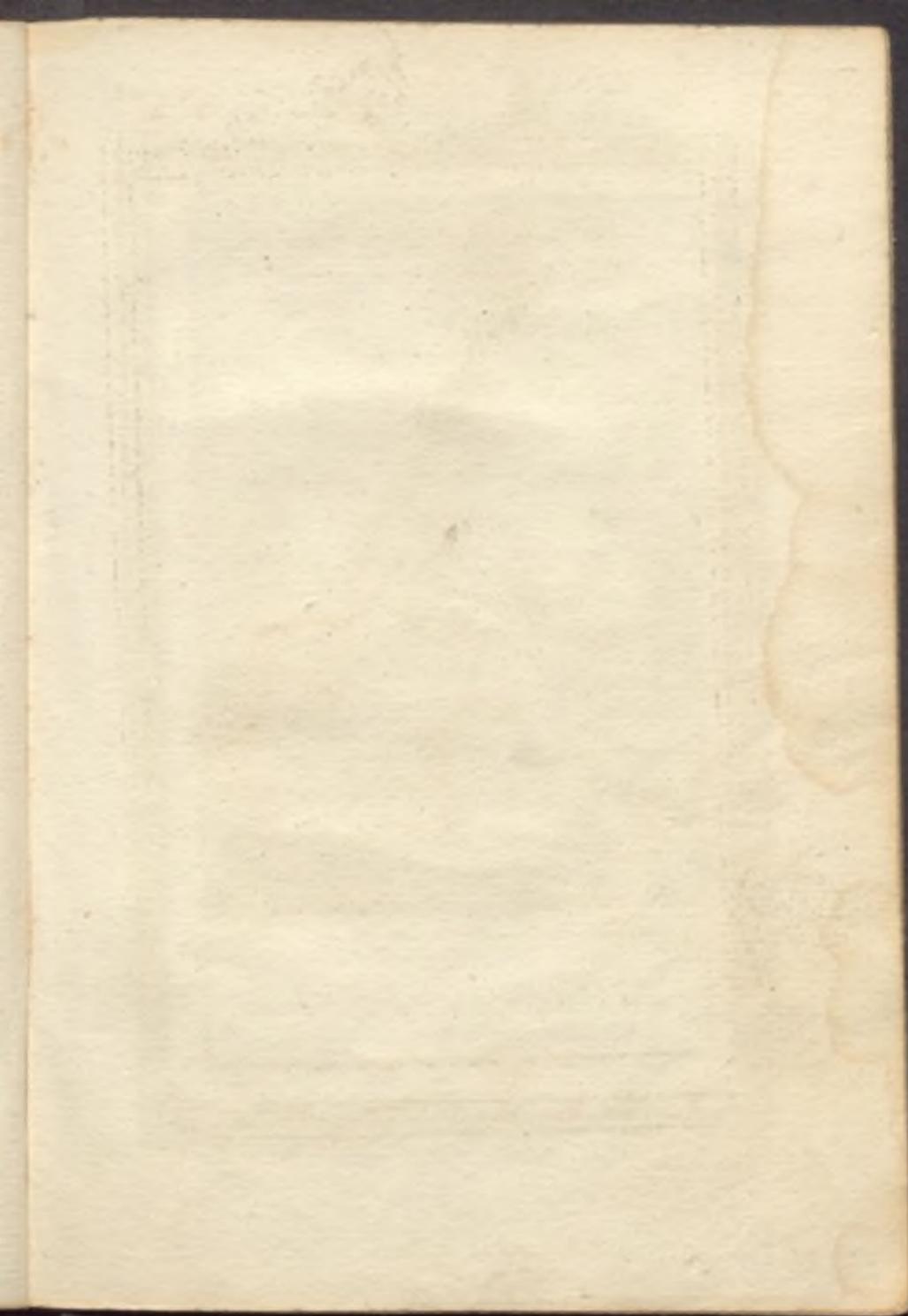
—Tú solamente veo
 Que de educar al príncipe eres digno;
 Y así, desde este instante
 Á tu celo y prudencia le confío.

Con efecto: mi perro
 Llévasele consigo,
 Encubriéndole siempre su linage.
 Van á reinos distintos,
 Y en ellos le hace ver las consecuencias
 Del rigor excesivo:
 Las liebres y conejos devorados
 Por los zorros impíos;
 Por los hambrientos lobos
 Los mansos corderillos:
 Y en tolas partes, sin razon, el débil
 Por el fuerte oprimido:
 El manso buey, sin lucro trabajando,
 Y bien premiado el vagamundo mico.
 Al ver aquel desorden,
 Temblaba de corage el leoncillo,
 Y solía decir: —¿Pues qué, el monarca
 Ignora estos delitos?

—¿No ves, el cuerdo perro le responde,
 Que los tristes que mueren afligidos
 No pueden ya quejarse?

Y con tan suave arbitrio

Se iba formando el principe en los dones-
 De prudencia y virtud; pues hemos visto
 Que mas corrige la esperiencia sola
 Que los discursos duros y prolijos.
 Ya solo le faltaba
 Saber que era leon: y de improviso
 Se les presenta un tigre:
 Él dá un fiero rugido;
 Bate el hijar con la erizada cola,
 Y lanzándose luego á su enemigo,
 La fuerte garra esgrime;
 El pecho le abre; déjale tendido,
 Y vuelve á su maestro
 Lleno de regocijo
 Diciendo: -- Al fin, salvé tu amable vida;
 Pero ¿de qué me admiro,
 Si la fina amistad en este instante
 Me dió el esfuerzo de un leon altivo?
 -- Y lo sois realmente,
 Le respondió mi perro enternecido:
 Sí; mi príncipe sois; y hoy á la corte
 Sereis restituido,
 Pues consiguió mi celo,
 Mi constancia y cariño,
 Inspirarós de un perro las virtudes,
 Sin que perdiéseis de leon los bríos.





El Arbol viejo y el Jardinero.

FÁBULA LII.

El Arbol viejo y el Jardinero.

Tenia en su jardin un jardinero
 Un gran peral, que en fuerza de sus años
 Á ser estéril vino:
 Tratando, pues, un dia de cortarlo,
 Alzó el acha terrible
 Y descargó sobre él un fuerte achazo.
 Sentido con el golpe
 El infeliz peral: — ¿Qué haces ingrato?
 Le dice: cuando jóven,
 ¿No te colmé de frutos sazonados?
 Pues ¿por qué, en recompensa,
 No me respetas hoy que soy anciano,
 Y aguardas á que llegue
 Mi triste fin, que ves tan inmediato?
 — Harto el cortarte siento,
 Le respondió con aire sosegado
 El jardinero; pero me hace falta
 Tu leña, y no hay remedio. — Perdonadlo,
 Gritan mil ruseñores
 Que á la sazon estaban en el árbol,
 Pues él es nuestro asilo:

Y si vuestra consorte viene acaso
 Á sentarse á su sombra,
 Con nuestra melodía la alegramos.
 Pero el buen jardinero
 Les espantó enfadado,
 Y en el peral descarga nuevo golpe.
 Sale entónces asaz desaforado
 Un enjambre de abejas,
 Diciéndole: — Detente ya, inhumano,
 Y escucha nuestra oferta y nuestro ruego.
 «Si nos dejas tranquilas, y en descanso,
 En este anciano asilo,
 Te daremos panales delicados
 Con que tú te enriquezcas.»
 — No mas, responde el jardinero avaro,
 Que ya de vuestro ruego enternecido
 Perdono á ese cuitado,
 Pues tan bien me sirvió cuando era mozo:
 Baste que algunos ratos
 Haga sombra á mi esposa,
 Y que la alegren con su dulce canto
 Aquesos raiseñores.
 Y vosotras, amigas, sosegaos,
 Y en este viejo tronco
 Vivid desde este dia con descanso,
 Que yo me voy corriendo

A sembrar este espacio
De delicadas flores,
Con que podais sin pena regalaros.

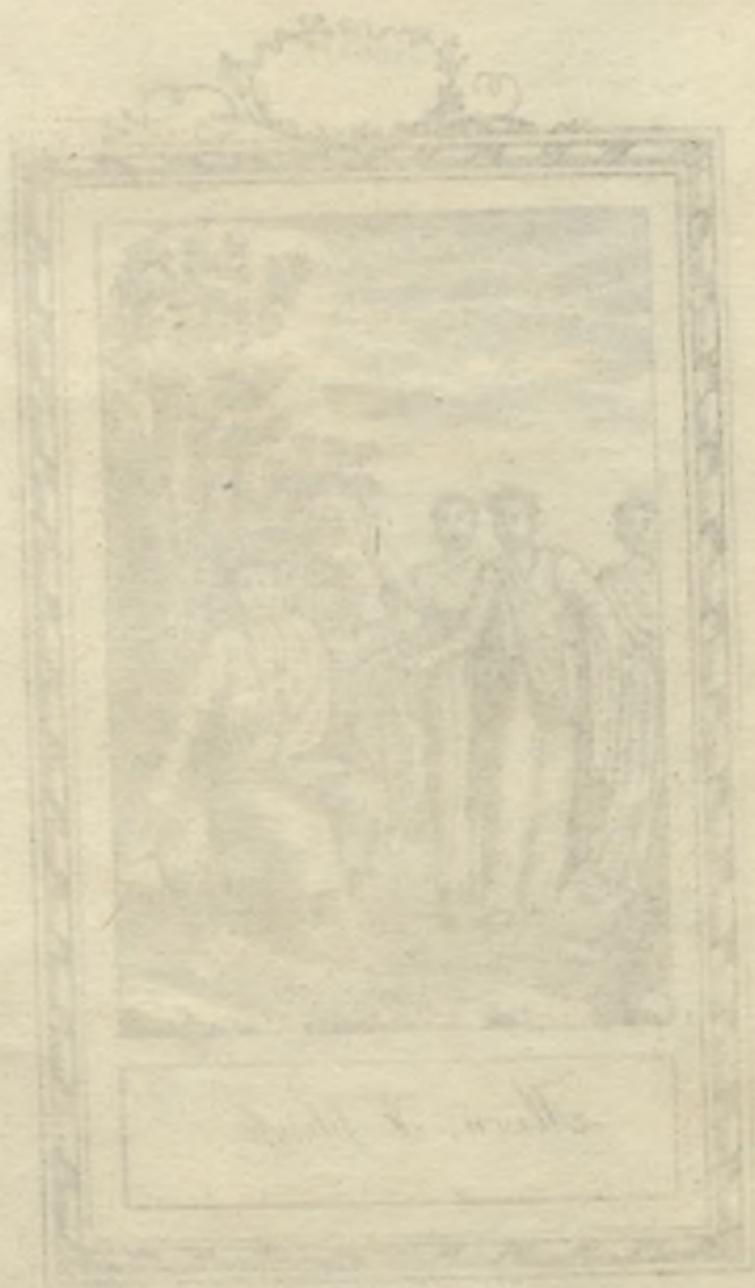
Esto dijo: marchóse;
Y en su sola promesa asegurados,
Dejó en paz por entonces
Al enjambre, á los pájaros y al árbol.

Si el interés incita,
¡ Ó, qué de agradecidos encontramos!



A. J. ...
 H. ...
 C. ...
 D. ...
 E. ...
 F. ...
 G. ...
 H. ...
 I. ...
 J. ...
 K. ...
 L. ...
 M. ...
 N. ...
 O. ...
 P. ...
 Q. ...
 R. ...
 S. ...
 T. ...
 U. ...
 V. ...
 W. ...
 X. ...
 Y. ...
 Z. ...

...





Mison, el filosofo.

FÁBULA LIII.

Mison el Filósofo.

Vivia en otro tiempo
Un hombre, respetado
Por su amor á las ciencias
Y carácter honrado.
Pobre, libre y contento,
Por los bosques errando,
Del hombre los delirios
Reía contemplando:
Un dia, sus amigos
Le hallaron por acaso,
Y viendo su alegría
Le dicen admirados:
—Mison: pues vives solo,
Y es tan pobre tu estado,
¿Quién escita tus risas?
Y les contestó el sábio:
—Mas contento estoy solo
Que mal acompañado.

TABLE

CONTENTS

Page

Introduction

Chapter I.

Chapter II.

Chapter III.

Chapter IV.

Chapter V.

Chapter VI.

Chapter VII.

Chapter VIII.

Chapter IX.

Chapter X.

Chapter XI.

Chapter XII.

Chapter XIII.

Chapter XIV.

Chapter XV.

Chapter XVI.

Chapter XVII.

Chapter XVIII.

Chapter XIX.

Chapter XX.

Chapter XXI.

Chapter XXII.

Chapter XXIII.

Chapter XXIV.

Chapter XXV.

Chapter XXVI.

Chapter XXVII.

Chapter XXVIII.

Chapter XXIX.

Chapter XXX.





El Pez Volador.

FABULA LIV.

El Pez volador.

Mal contento de su suerte
 Un pez volador decia:
 —Madre, ¿cómo de la muerte
 Precaverme yo podria?
 Temo al aguila rapante
 Cuando en los aires me elevo,
 Y al tiburón devorante
 Si al profundo del mar llevo.
 Su anciana madre le dijo
 Para calmar su afliccion:
 —¡Quién en este mundo, hijo,
 No es águila ó tiburón!
 Solo este medio tomando
 Podrás el riesgo evitar:
 «Cerca del aire nadando,
 Ó volando junto al mar.»

TABLE

of Contents

The Preface
 The Introduction
 The first part of the work
 The second part of the work
 The third part of the work
 The fourth part of the work
 The fifth part of the work
 The sixth part of the work
 The seventh part of the work
 The eighth part of the work
 The ninth part of the work
 The tenth part of the work
 The eleventh part of the work
 The twelfth part of the work
 The thirteenth part of the work
 The fourteenth part of the work
 The fifteenth part of the work
 The sixteenth part of the work
 The seventeenth part of the work
 The eighteenth part of the work
 The nineteenth part of the work
 The twentieth part of the work
 The twenty-first part of the work
 The twenty-second part of the work
 The twenty-third part of the work
 The twenty-fourth part of the work
 The twenty-fifth part of the work
 The twenty-sixth part of the work
 The twenty-seventh part of the work
 The twenty-eighth part of the work
 The twenty-ninth part of the work
 The thirtieth part of the work
 The thirty-first part of the work
 The thirty-second part of the work
 The thirty-third part of the work
 The thirty-fourth part of the work
 The thirty-fifth part of the work
 The thirty-sixth part of the work
 The thirty-seventh part of the work
 The thirty-eighth part of the work
 The thirty-ninth part of the work
 The fortieth part of the work
 The forty-first part of the work
 The forty-second part of the work
 The forty-third part of the work
 The forty-fourth part of the work
 The forty-fifth part of the work
 The forty-sixth part of the work
 The forty-seventh part of the work
 The forty-eighth part of the work
 The forty-ninth part of the work
 The fiftieth part of the work
 The fifty-first part of the work
 The fifty-second part of the work
 The fifty-third part of the work
 The fifty-fourth part of the work
 The fifty-fifth part of the work
 The fifty-sixth part of the work
 The fifty-seventh part of the work
 The fifty-eighth part of the work
 The fifty-ninth part of the work
 The sixtieth part of the work
 The sixty-first part of the work
 The sixty-second part of the work
 The sixty-third part of the work
 The sixty-fourth part of the work
 The sixty-fifth part of the work
 The sixty-sixth part of the work
 The sixty-seventh part of the work
 The sixty-eighth part of the work
 The sixty-ninth part of the work
 The seventieth part of the work
 The seventy-first part of the work
 The seventy-second part of the work
 The seventy-third part of the work
 The seventy-fourth part of the work
 The seventy-fifth part of the work
 The seventy-sixth part of the work
 The seventy-seventh part of the work
 The seventy-eighth part of the work
 The seventy-ninth part of the work
 The eightieth part of the work
 The eighty-first part of the work
 The eighty-second part of the work
 The eighty-third part of the work
 The eighty-fourth part of the work
 The eighty-fifth part of the work
 The eighty-sixth part of the work
 The eighty-seventh part of the work
 The eighty-eighth part of the work
 The eighty-ninth part of the work
 The ninetieth part of the work
 The ninety-first part of the work
 The ninety-second part of the work
 The ninety-third part of the work
 The ninety-fourth part of the work
 The ninety-fifth part of the work
 The ninety-sixth part of the work
 The ninety-seventh part of the work
 The ninety-eighth part of the work
 The ninety-ninth part of the work
 The hundredth part of the work

Printed by ...

ÍNDICE

DE LAS FÁBULAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO.

	Págs.
FABULA I. <i>La Fábula y la Verdad</i>	11
II..... <i>El Vaquero y el Guarda-Bosque</i>	13
III..... <i>Los dos Caminantes</i>	17
IV..... <i>El Buey, el Asno y el Caballo</i>	19
V..... <i>El Perro y el Gato</i>	23
VI..... <i>La Yedra y el Tomillo</i>	25
VII..... <i>Júpiter y Minos</i>	27
VIII..... <i>El rebano de Colás</i>	29
IX..... <i>El Grillo</i>	31
X..... <i>El mono enseñando la linterna mágica</i>	33
XI..... <i>El Joven y el Anciano</i>	37
XII..... <i>El Bailarin de cuerda</i>	39
XIII..... <i>La Liebre y sus Amigos</i>	41

LIBRO SEGUNDO

XIV..... <i>La Abeja y la Coqueta</i>	47
XV..... <i>El Ruiseñor y el Principe</i>	49
XVI..... <i>La Gallina y el Zorro viejo</i>	51
XVII..... <i>Los Monos y el Leopardo</i>	53
XVIII..... <i>El Papagayo</i>	55
XIX..... <i>El Rinoceronte y el Dromedario</i>	57
XX..... <i>La Corneja, el Alcon y el Ermitaño</i>	59
XXI..... <i>El Milano y el Pichon</i>	63
XXII..... <i>El vestido de Arlequin</i>	65
XXIII..... <i>El Gato y los Ratones</i>	67
XXIV..... <i>La Paloma y su Cria</i>	69
XXV..... <i>El Perro danés, el Zorro y la Ardilla</i>	71
XXVI..... <i>El Filósofo y el Bicho</i>	75

LIBRO TERCERO.

XXVII..... <i>El Espejo de la Verdad</i>	77
XXVIII..... <i>La Vívora y la Sanguifuela</i>	79

XXIX.....	<i>La Mona, el Mono y la Nuez.....</i>	81
XXX.....	<i>La Inundacion.....</i>	83
XXXI.....	<i>El Zorro disfrazado.....</i>	85
XXXII.....	<i>Los dos Paisanos y la Nube.....</i>	87
XXXIII...	<i>La Ardilla y el Leopardo.....</i>	89
XXXIV...	<i>El Gato y el Espejo.....</i>	91
XXXV....	<i>Los dos Jardineros.....</i>	93
XXXVI...	<i>El Castillo de Naipes.....</i>	97
XXXVII..	<i>El Gato y el Anteojo.....</i>	99
XXXVIII.	<i>El Rey y los dos Pastores.....</i>	101
XXXIX...	<i>El Escritor y los Ratonés.....</i>	105

LIBRO CUARTO.

XL.....	<i>Los dos Leones.. ..</i>	107
XLI.....	<i>Los dos Gatos.....</i>	109
XLII.....	<i>La Abeja y la Avispa.....</i>	111
XLIII.....	<i>La Carpa y sus Hijuelos.....</i>	113
XLIV.....	<i>Los dos Calvos.....</i>	115
XLV.....	<i>El Muchacho y el Espejo.....</i>	117
XLVI.....	<i>El Charlátan.....</i>	119
XLVII.....	<i>El Javalí y los Ruiseñores.....</i>	121
XLVIII...	<i>El Ciego y el Paralitico.....</i>	125
XLIX.....	<i>El Caminante y el Rio.....</i>	127
L.....	<i>Los Canarios y el Jilguero.....</i>	129
LI.....	<i>La educacion del Leon.....</i>	131
LII.....	<i>El Arbol viejo y el Jardinero.....</i>	135
LIII.....	<i>Mison el Filósofo.....</i>	139
LIV.....	<i>El Pez volador.....</i>	141

LIBRO QUINTO.

